
WOLF LEPENIES

Between literature and science: the rise of sociology

(Cambridge/París, Cambridge University Press/Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1988)

JOSÉ M. GONZÁLEZ GARCÍA

La máquina burocrática.

Afinidades electivas entre Max Weber y Kafka

(Madrid, Visor, 1989)

Son contadas las ocasiones en que se topa uno con un libro auténticamente redondo y ésta, sin duda, es una de ellas. En efecto, el trabajo de Lepenies, original en su enfoque y brillante en la exposición, constituye no sólo una pieza inexcusable de la historia intelectual de nuestra disciplina sociológica, sino, al mismo tiempo, todo un programa renovador para la reconstrucción de la tradición de la sociología, al que se acoge con agudeza el segundo de los estudios que aquí comentaré.

El seminal ensayo *Between literature and science* apareció originariamente en alemán en 1985, con el título *Die drei Kulturen*, siendo la presente edición inglesa fruto de una feliz iniciativa (el proyecto

Ideas in context, apadrinado por la Universidad de Cambridge y la *Maison des Sciences de l'Homme* de París), cuyo objetivo es presentar, en lenguas de difusión internacional, esfuerzos de la talla del que nos ocupa, revigorizadores de las líneas maestras del pensamiento europeo.

El punto de partida de Lepenies es contextualizar el nacimiento de la Sociología dentro de las obsesiones y corrientes de fondo típicas de las culturas nacionales del Viejo Continente. Más concretamente, dentro de las recurrentes peculiaridades culturales de Francia, Inglaterra y Alemania, todas ellas englobadas en una temática común, esto es, la pugna inmemorial entre los partidarios de las «humanidades» o las «letras», como expresión genérica

de una cultura literaria, ensayística y de sabor nacional, aunque universalizante en su ambición filosófica, y, por otra parte, los partidarios de una ciencia social pensada y escrita en una determinada lengua y en una determinada patria, pero concebida de forma sistemática, depurada, contrastable y abierta al juicio de la comunidad internacional de estudiosos. El proyecto sociológico se alineó en los tres países mencionados en esta segunda postura, como es lógico, y tuvo que pechar con dificultades inherentes a ese mismo proyecto, y que se agrupan en dos: unas genéricas y otras específicas. Las genéricas van más allá de las circunstancias de tiempo y lugar, y quedan condensadas en la acertada frase del autor según la cual la Sociología no puede ser una ciencia natural de la sociedad, pero tampoco puede abdicar del rigor científico, si no quiere verse convertida en mera literatura. Y, en cuanto a las dificultades específicas, Lepenies alude a las resistencias domésticas generadas, sobre todo en Francia e Inglaterra, ante la aparición de unos nuevos autores —Comte, Durkheim, Spencer, los esposos Webb— que querían sacudirse la pereza intelectual colectiva depositada en esos fantasmales «problemas», «enigmas» o «diferencias», supuestamente característicos de cada una de las tradiciones nacionales, aunque finalmente chovinistas, de los que en España, por cierto, sabemos un poco.

En lo relativo a Francia, Lepenies se detiene en la personalidad y entorno del «padre fundador» por

excelencia, Comte, destacando su deliberada huida del mundo exterior, paradójicamente coincidente con la pretenciosa voluntad de captar a este último en su integridad, y destacando también la peculiar naturaleza de movimiento intelectual y social que tuvo el positivismo.

Sin embargo, es Durkheim quien mejor aglutina, en la escena francesa revivida por el autor, los interrogantes y las complejidades propias del nacimiento de la Sociología. Lepenies nos acerca al gran clásico francés, en su lucha contra la ensayística representada, en particular, por Tarde (de cuya no demasiado conocida obra *Fragmento de historia futura* el autor realiza un interesante análisis colateral), lo mismo que contra la reacción conservadora, enemiga del progresismo laico de la III República, encarnado por el propio Durkheim. Es especialmente Péguy, en su condición de intelectual que a lo largo de su evolución asimila las dos tendencias, ensayística o «literaria» y nacional-conservadora, recién mencionadas, la personalidad que mejor representa, en la descripción del autor, la oposición a la naciente Sociología durkheimiana.

El ámbito británico queda expresado en la emocionalmente intensa peripecia de los Webb, volcados hacia el reformismo activo del socialismo fabiano a partir de la tradición utilitaria (de la que Lepenies recuerda un episodio: el poco divulgado contrapunto balsámico que supuso para Stuart Mill la poesía, y la poesía de Wordsworth

en particular). Frente a dicha pareja, a la que se debe la modernización de la Sociología inglesa posterior a Spencer y la creación de la *London School of Economics*, no dejaron, como en Francia, de alzarse voces que reclamaban no tanto un respeto hacia el tronco de la cultura nacional cuanto un anclaje en el fondo humanístico y literario de Occidente. Fue H. G. Well, en sus inicios como autor, quien con más ahínco plantó batalla a la *so-called sociology* (tal es el nombre de uno de los primeros opúsculos a él debidos), recomendando, como alternativa a los análisis socioeconómicos impulsados por el fabianismo, una reflexión crítico-moral en línea con los grandes momentos del pensamiento utópico —Platón, Moro, Bacon, los enciclopedistas—. La consecuencia lógica de esta postura, arguye Lepenies, era volcarse en la literatura de anticipación como sustituto de la Sociología, que es lo que justamente acometió con indudable maestría el autor de *La guerra de los mundos*. Este gusto inglés por asimilar la crítica social a un genérico *criticism*, del que no está exenta la crítica literaria, será rastreado igualmente por el autor en lo referente a C. P. Snow, Arnold, Huxley y, sobre todo, T. S. Eliot, que blandió su «literaria» espada intelectual contra Mannheim. Pero, en cualquier caso, el momento cardinal de la disputa británica entre Sociología y «cultura» se remite a la inicial amistad y posterior ruptura protagonizadas por Well y unos esposos Webb a los que nuestro autor presenta, sagazmente, como prototipos

literarios *malgré-eux* o, mejor dicho, como personajes de su propia novela biográfica.

Aun cuando Lepenies domina con rara hondura los mundos galo y anglosajón, se nota que es su propio mundo germánico aquel al cual se acerca con mayor conocimiento de causa y, fundamentalmente, con más encendido *pathos*. El autor arranca de una peculiar «especialidad alemana», consistente en identificar la historia con un alma poética colectiva o *Geist*. Así, pues, arte, historia y espíritu constituirían una tríada unitaria en Alemania que, por lo menos desde los tiempos de Goethe, habría impregnado de historicismo y ensayismo la producción alemana de pensamiento social. En este contexto —que Stefan George ejemplificará con posterioridad a Goethe—, Lepenies medita sobre la especialísima ensayística de Simmel, toda ella revestida, para su propio autor, de tres facetas inseparables: «ciencia», «arte» y «vida».

No obstante, es Max Weber, como no podía ser menos, el clásico que acapara la atención de Lepenies. Llegado a la Sociología por virtud de un proceso de depuración de la historiografía económica, Max Weber nos es presentado más como compilador genial de las ciencias de la cultura que como sociólogo *stricto sensu*, y ello en consonancia con la «especialidad alemana», panlógica y panhistórica, que está en la base de la alternativa comprensiva y los análisis sobre el *ethos* capitalista y la burocracia que otorgan su inigualable valor a la obra maxweberiana. Como concluye irónicamente Lepe-

nies, en Alemania la Sociología se creó de la mano de unos grandes protosociólogos que no acababan de creer en ella.

Nuestro autor se detiene en una faceta particular de la vida y obra de Max Weber que yo no vacilaría en calificar como lo mejor del libro: las relaciones entre el gran clásico y Thomas Mann. Lepenies documenta la excelente impresión mutua que ambos se produjeron en sus encuentros personales de Munich. Pero va más allá, pues efectúa un análisis temático que muestra el paralelismo existente, en el fondo y en la forma, entre los dos escritores. Según el autor, el propio Max Weber pudo inspirar a Mann la ascética y a la vez atormentada figura del doctor Aschenbach —el protagonista de *La muerte en Venecia*— y, a su vez, parece que fue la lectura de *El judaísmo antiguo* de Weber lo que propició la redacción del *José y sus hermanos* de Mann (lo mismo que, más tarde, continúa Lepenies, fue el trato con Adorno lo que terminó de perfilar el *Dr. Faustus* manniano).

Weber y Mann participaron de la misma «vocación de Estilo», entendido este último en su doble acepción literaria y pedagógico-moral (aunque suene a *boutade*, yo mismo confieso que hay veces en las que me es imposible separar, en el recuerdo, las páginas de *La montaña mágica* de las de *Economía y sociedad*). Pues bien, en su evaluación final, Lepenies condena el «secreto» de estas auténticas «vidas paralelas»: tanto el uno como el otro sellaron majestuosamente la crónica de la

profanación de la herencia religiosa. Los Buddenbrook son los capitanes modernos de la ética protestante y el espíritu del capitalismo; Hans Castorp personaliza y protagoniza el perplejo desencantamiento del mundo, dejándolo en las trágicas puertas de la destrucción colectiva de 1914.

La obra se cierra con una reflexión sobre Sociología y nazismo. En este sentido, Hans Freyer, el sociólogo nacional-socialista por excelencia, habría simbolizado la ilusoria síntesis de analitismo y *Volksgeist*. Pero lo que trajo el nazismo, en la Sociología y en todos los ámbitos de la cultura alemana, no fue ninguna suerte de «superación». Lo que trajo, más bien, fue una profunda escisión que sólo al cabo de medio siglo comienza a ser aceptada sin exculpaciones hipócritas por sus herederos. En ese largo interregno, otra conocida figura sociológica perteneciente a la etapa de recuperación de la Alemania Federal, Schelsky, trató de representar la continuidad con el pasado prenazi. Para ello se separó de las enseñanzas de Freyer, aunque sólo para acabar descubriendo, nos dice Lepenies, que la Sociología había perdido su capacidad de motivar a la opinión pública. En vista de eso, Schelsky dio un último giro a su pensamiento, lanzando al literato Heinrich Böll la propuesta de cerrar filas en torno a un proyecto de debate intelectual sin barreras disciplinares que restaurara el viejo aliento de los *hommes de lettres*. Diríase una parábola: a casi doscientos años de su emancipación de

los *philosophes*, la Sociología prosigue enredada en el dilema de tener que equidistar problemáticamente entre la ciencia pura y dura y la literatura.

Con erudición pero sin fárrago, con elegancia teórica y agilidad narrativa, Lepenies ha sabido enfrentarse valientemente a tal dilema, esclareciéndolo y situándolo en sus justas coordenadas. Tras esta contribución —que ha de ser muy recordada—, el dilema no desaparece, si bien el estímulo para abordarlo gana en atractivo y frescura.

De manera, pues, que la confluencia entre la cultura literaria y la sociológica, o, por expresarlo de otra forma, la creadora tensión entre ambas, abre un campo fecundo de posibilidades exploratorias, campo que ha empezado a ser cultivado tenazmente en España por González García. En efecto, este autor, situado por propia vocación entre la Filosofía, la Teoría Sociológica y la Sociología del Conocimiento, ya había abordado, en las páginas de esta misma Revista, el estudio de la herencia de Goethe en la obra de Max Weber. Ahora —y reconociéndose deudor de Lepenies desde los párrafos introductorios—, González García prosigue su investigación weberiana, encauzándola hacia las «afinidades electivas» (término goethiano) que pudieran existir entre Max Weber y Franz Kafka. El autor se refiere a las coincidencias en cuanto a percepción y respuestas temáticas, comprensibles en escritores que comparten coetáneamente parecidas experiencias ciudadanas tardoimperiales.

El resultado es el segundo de los libros considerados. En él, González García reconstruye, con encomiable actualizado aparato bibliográfico-documental, un ámbito —el de habla alemana— que él conoce muy bien, circunscribiéndolo al entorno histórico que hace fraguar, no por casualidad, los trabajos sociológicos y literarios de tan grandes clásicos. No se trata de biografar ni de glosar unas obras minuciosamente. Lo que el autor se propone es algo más atractivo, como es el resucitar, mediante sucesivos chispazos, el trasfondo *fin-de-siècle*, crítica y aun proféticamente desmenuzado por unos textos —los de Weber y Kafka— a cuya sombra ningún lector contemporáneo sensible puede dejar de pensarse.

La relación indirecta que Kafka tuvo con Max Weber a través del hermano de este último, Alfred, profesor del primero en Praga; las peculiaridades, entre eficientes y grotescas, de los sistemas burocráticos guillermino y vienés; las dificultades profesionales y educativas en ambos imperios, punta del esclerótico iceberg político-económico que conducía a la vieja *Mittleuropa* al colapso, todo esto es lo que la obra recrea, ayudada por dos cronistas excepcionales. Lástima que, quizá movido por la modestia, el autor haya sido demasiado escueto en sus juicios y en su narración, prefiriendo sugerir o apuntar más que alzar la voz y dialogar con mayor vehemencia con los excepcionales maestros en cuestión.

Es muy interesante, en particular, el expurgo de los textos «oficines-

cos» de Kafka, unos informes sobre seguridad e higiene en el trabajo que redactó el escritor checo, acompañándolos de sabrosas ilustraciones reproducidas en el presente estudio. La minuciosidad que en ellos se advierte, así como su inquietante mezcla de objetividad y drama, los convierten, según se encarga el autor de poner de manifiesto, en indudables anticipos estilísticos y argumentales de la ulterior producción literaria kafkiana.

Igualmente es de resaltar en el ensayo de González García el paralelismo establecido entre los prototipos funcionariales de las pesadillas kafkianas y los trazos analíticos de la burocracia según Max Weber. El «guardián de las puertas de la ley», los policías y agentes policiales del «proceso», el director de la «colonia penitenciaria», entre otras criaturas del genio de Kafka, se corresponderían con los burócratas modernos tipológicamente enmarcados por Weber en *Economía y sociedad*. Y, en concreto, la infernal máquina punitiva de la mencionada colonia penitenciaria coincidiría

—en su forma y su final destino autofágico— con la weberiana *stahlbarte Gehäuse*, es decir, esa «jaula de hierro» que no traduce fielmente el término alemán pero que expresa con fortuna los puntos más oscuros de nuestra civilización.

Son éstos algunos de los enfoques específicos que he querido destacar de todo un conjunto valioso de por sí, y que, además, no desdén explorar avenidas tangentes cuando la ocasión lo propicia. Tal es el caso, por ejemplo, de las complejas vicisitudes de los hermanos Weber y la referencia a la irónica novelística de Robert Musil.

La máquina burocrática, en suma, constituye una imaginativa indagación que complementa con rigor la literatura existente en torno a la era y figura de Max Weber, de la mano del atinado apoyo contrapuntístico en otra figura, la de un enorme escritor cuyas entrañables claves quedan retratadas precisa y sensitivamente. Esperemos que el autor continúe caminando por la prometedora senda que ha sabido elegir.

José E. RODRÍGUEZ IBÁÑEZ

SUSAN SONTAG

La enfermedad y sus metáforas

(Barcelona, Muchnick, 1989)

«Me siento tan enfermo que casi es interesante.»

Cuando se realiza un análisis sobre la enfermedad y sus metáforas se corre el riesgo de termi-

nar hablando en metáfora. Susan Sontag analiza las esencias del significado de enfermedad como los atributos que le construye la sociedad a través del tiempo. En *La enfermedad y sus metáforas* se en-

cuentran condensadas las principales enfermedades de las que se ha servido el ser humano para crear un mito de la verdad. El ensayo no pretende hacer un análisis histórico de la formación de las metáforas sobre la enfermedad, sino una retrospectiva a manera de ejemplo de algunos padecimientos (tuberculosis, cáncer, cólera) que han provocado una alegoría del malestar.

De un lado la historia y del otro el análisis social, hacen de este estudio una desmistificación de la metáfora como un axioma de vida que, de manera inconsciente, traslada el símbolo a la vida cotidiana de cada ser humano en su relación social, formando un ideal de padecimiento. Este, lejos de ser una idea o mito, es la manifestación de los cambios biológicos que alteran el funcionamiento del cuerpo. Si bien pudiera haber una imprecisión en esta sentencia es preciso tratar de esclarecer los valores que adjudicamos a estos cambios que, por ser desconocidos, se hacen más fáciles de etiquetar; ¿no es ésta acaso una forma de evasión de la realidad? ¿Qué miedo esconde la metáfora cuando convierte al mundo en un valor absoluto?

La metáfora utilizada como una forma de conocimiento da una visión de las múltiples posibilidades para entender y analizar cualquier fenómeno. Sin embargo, el esfuerzo se torna inútil cuando se trata de explicar una esencia donde no queda claro lo que significa. Por eso, la metáfora se convierte en una evasión. En algunas culturas la metá-

fora del nacimiento (de parir) se plantea como un «alivio», que proviene de la palabra aliviar: «Quitar parte del peso que carga sobre una persona o cosa; disminuir o mitigar la enfermedad; disminuir o mitigar las molestias corporales o morales*.» Tal connotación cobra un mayor significado en la cultura patriarcal y machista: la mujer es la que padece. La metáfora no ayuda a entender el proceso normal de la procreación, por el contrario, perjudica el entendimiento y admiración por la naturaleza.

¿Qué pasa con el paciente que está a punto de morir o que se encuentra en la parte «terminal» de su vida? La metáfora se traduce en una evasión social e individual que agudiza la formalidad y reglamentación del «buen morir». En una sociedad alejada de la naturaleza la muerte deja de ser un proceso natural y pasa a ser una ficción. Cuántos casos de pacientes «terminales» sufren la presión de una sociedad que no les deja morir. La muerte, en tanto fracaso de la vida (estado pasivo ante el movimiento), pone en evidencia la contradicción entre quien vive y no quiere morir y sabe que agoniza.

El cáncer, enfermedad relacionada de manera constante con la muerte refleja la época de una sociedad industrializada bajo el estímulo del modo de producción capitalista. Proceso histórico donde el cáncer como metáfora se desarrolla en forma independiente, rompiendo

* Julio CASARES, *Diccionario ideológico de la lengua española* (Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 1959), 2.ª ed., pp. 37-38.

el equilibrio de las funciones del cuerpo, así como el capitalismo moderno lo hizo con el antiguo. La idea lógica y ordenada en que debía trabajar la sociedad se transformó en el despilfarro de energía y descontrol en el consumo. Esta se define como la cultura actual; cómo un cáncer ha perdido la posibilidad de ser controlado.

Los efectos que el cáncer produce en las personas es la desvalorización y pérdida de lo humano en el ser humano. Este ha sido despojado de su pertenencia a la sociedad; ahora su cuerpo lo traiciona y la sociedad lo rechaza porque el grupo teme que el cáncer sea contagioso a través de la palabra. Así se manifiesta el poder que puede tener el lenguaje en un momento determinado: es real y angustiante a la vez.

La posición de la profesión médica es ideal para desarticular las enfermedades como metáforas. Es el médico/a quien está dedicado/a a curar enfermedades. Está en la posición medular de este problema. El proceso histórico en el que vivimos refleja una paranoia colectiva en relación a las catástrofes provocadas por enfermedades desconocidas (cólera, tuberculosis, cáncer, SIDA recientemente) que ocasionan la muerte. La metáfora parte del pensamiento militar sobre el ataque a la persona. Son las células cancerígenas que avanzan dentro de la corriente sanguínea alterando las células «benignas» (buenas) que componen los órganos del cuerpo humano. La enfermedad está entendida como lo contrario a la vida y como opuesta a la vida social.

Una vez que la enfermedad como metáfora ha creado su propia identidad y se le mira como el absoluto que navega arriba de nosotros, controla los roles de cada persona. Regresando al ejemplo del médico/a, se pueden analizar, a través del tiempo, los tratamientos sobre el cáncer, que a la vez que solucionan, dañan el organismo. El paciente sometido a la violencia (a veces más psicológica que la del propio procedimiento) busca refugio en los «cura-lo-todo», o curanderos/as, quienes en repetidas ocasiones han provocado, si no la muerte, al menos sí el aceleramiento de la enfermedad. Pero también la medicina moderna ha acarreado estos problemas de comunicación. El poco entendimiento de la enfermedad ha reproducido otras metáforas que ocultan el significado del padecimiento (médicos y pacientes suelen bromear en los hospitales oncológicos: «El tratamiento es peor que la enfermedad»).

La enfermedad, concebida como metáfora, altera el rol de la persona enferma de cáncer, quien se pregunta a manera de lotería por qué ha sido él o ella quien tuvo que enfermar. Por un lado el médico/a, y los sistemas de salud por el otro, han fomentado la incompreensión del problema a la vez que el/la paciente entra en los juegos y fantasías sociales que se han creado en torno a su padecimiento: traición y aislamiento son vividos por quienes se sienten acechados por la muerte.

¿No es suficiente con padecer en sí misma la enfermedad? ¿Por qué

ha de sorprender enfermar de cáncer o tuberculosis? ¿Por qué una enfermedad produce más miedo que otra, aunque las dos provoquen la muerte por igual? ¿Qué pasaría si el/la médico/a enfermase de cáncer? ¿Cómo enfrentaría el problema? ¿Con qué metáforas tendría que convivir? El momento coyuntural que vive el médico/a cuando está enfermo puede abrir una forma de conocimiento a la vez que una desmistificación de la profesión en la sociedad. La metáfora empieza desde la bata blanca, el olor estéril de los hospitales, y el uniforme estandarizado de los/as pacientes (que son eso, *pacientes*; que viene de «paciencia»), que recuerda la idea de una sociedad libre de bacterias y virus que atacan el cuerpo. Si el médico/a modifica el lenguaje metafórico de la profesión, apoya el redescubrir lo maravilloso que tenemos de naturaleza en cada uno/a de nosotros. El ejemplo del médi-

co/a enfermo/a demuestra que el problema no se localiza en la enfermedad, sino en los fanatismos ideológicos creados por la poca rigurosidad para entender los fenómenos naturales y sociales que nos rodean.

El ensayo de Susan Sontag ilustra el exceso oscurantista que se vive en el mundo actual, si bien no se manejan en profundidad los factores psicológicos, filosóficos, sociales y culturales que la componen, sí manifiesta la esencia de lo que ella misma llama «la condición humana».

Por último, me pregunto si las metáforas que *no* son enfermedad y que nos acompañan día a día pueden en algún momento convertirse en una forma de conocimiento; y no ya en el idilio de los absolutos que dicen todo y no dicen nada. En *La enfermedad y sus metáforas* se abre la discusión sobre el tema, que, sin duda, alcanzará el tercer milenio.

Omar G. PONCE DE LEÓN

SUSAN SONTAG

El SIDA y sus metáforas

(Barcelona, Muchnik, 1989)

El SIDA está de moda. Incluso para los sociólogos. Durante el último año se han publicado más libros sociológicos sobre el SIDA que sobre muchos otros temas sociales¹.

¹ Otro clásico es Randy SHILTS, *And the Band Played On: Política, People, and the AIDS Epidemic* (Nueva York: St. Martin's Press, 1987), 630 pp. Más epistemológico es Ronald BAYER, *Private Acts, Social Consequences: AIDS and the Politics of Public Health* (Nueva York: Free Press, 1989), 282 pp. El

El excelente ensayo de Susan Sontag abrió el fuego. Esta obra de

más sociológico es Charles PERROW y Mauro GUILLÉN, *The AIDS Disaster: The Failure of Organizations in New York and the Nation* (New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1990). También puede verse Jesús M. DE MIGUEL y Santi MACIÀ, «The Case of Spain», en David L. KIRP y Ronald BAYER (eds.), *AIDS Policy Making: An Eight-Nation Comparative Study*, en prensa (1990).

la ensayista norteamericana Susan Sontag está enraizada en sus reflexiones recogidas en un librito con el título *La enfermedad y sus metáforas*, escrito en 1978 (publicado también por Muchnik en 1984, 131 pp.). La autora comienza su escrito rememorando su estudio anterior y estableciendo comparaciones entre el cáncer (motivo del mismo) y el SIDA. Esta enfermedad, descubierta en la década de los ochenta, está ocasionando en todo el mundo múltiples sufrimientos y angustias.

El SIDA y sus metáforas es una obra que está a caballo entre las ciencias sociales y el ensayo literario. Tiene una intención humanizadora, ya que pretende eliminar falsas culpabilidades, disminuir sufrimientos inútiles y evitar la prepotencia y la pretendida autoridad derivadas de ciertos conocimientos más o menos científicos. Y es, a la vez, pragmática, pues lo que busca es desenmascarar la ideología médica, y derrumbar los obstáculos a la aplicación real de una medicina verdaderamente eficaz. No es idealista (aunque la obra está cargada de ideales) pero sí desmitificadora; no se pone de un lado, sino que trata de unir esfuerzos para que enfermos/as y gentiles se sientan mejor, y para que no se generen odios infundados ni angustias innecesarias.

En una tradición aristotélica, la metáfora consiste en dar a una cosa el nombre de otra. El uso de ese recurso literario (filosófico, y hasta científico) no es siempre recomendable. En el caso del cáncer, el no llamar a las cosas por su nombre

puede tener efectos perniciosos para la dignidad humana, e incluso para la misma curación de la enfermedad. El abandono, la alienación y el abatimiento que sienten los enfermos/as, y que les impide salir a buscar tratamiento a tiempo, se derivan de los prejuicios y temores que esconde la metáfora.

También el SIDA ha llevado aparejada una metaforización a gran escala. La metáfora militar, la más criticada por Sontag, concibe el virus como un enemigo exterior a combatir. El SIDA, por otro lado, es una construcción clínica: la profesión médica lo ha inventado como proceso progresivo en el tiempo e inexorable en su avance. Pero al miedo se añade la culpa: el SIDA delata la pertenencia de la persona supuestamente infectada a los llamados «grupos de riesgo». Una actividad sexual «desviada» (como la homosexualidad) o un «hedonismo por dedicación» (la drogadicción) llevan a la enfermedad de manera voluntaria, es decir, condenable. Hemofílicos y receptores de transfusiones sanguíneas son igualmente marginados, ya que son difícilmente identificables. Todo ello conlleva deshumanización y degradación del que padece el SIDA, impidiéndole además acceder a los cuidados y tratamientos que la medicina le facilita.

La peste —asesina y desagradable al mismo tiempo— es la metáfora principal en el análisis de la epidemia de SIDA. En base a ella se presenta la enfermedad como invasora de la colectividad («nosotros») y, normalmente, proveniente del ex-

tranjero («ellos»). Esa nueva epidemia catastrófica alcanza la categoría moral de peste como consecuencia de tener por vía principal de transmisión la vía sexual («la peste gay»). Y todo ello hace del SIDA una especie de juicio moral a la sociedad. Algunas alocuciones expresadas sin rubor por religiosos o ideólogos autoritarios son: el SIDA «es la consecuencia de la decadencia moral» (obispo Falcao, de Brasilia), o el «castigo de Dios» y la «venganza de la naturaleza» (cardenal de Río de Janeiro). Jean Marie Le Pen, político francés racista, advierte que «el SIDA no sólo es infeccioso sino además contagioso». El ministro de Asuntos Exteriores surafricano afirma que «los terroristas nos llegan ahora con un arma mucho más terrible que el marxismo: el SIDA».

El SIDA ha supuesto un cambio para la medicina: el imparable avance hacia la erradicación de las enfermedades infecciosas ha quedado truncado. También ha afectado a las visiones tradicionales de la sexualidad y de la catástrofe. En los Estados Unidos el Departamento de Educación propone, a menudo, la abstinencia como medida preventiva. Sin embargo, en Europa se prefiere informar sobre las maneras de afrontar una sexualidad libre y segura.

Sería útil hacer aquí un paréntesis para situar el caso español en este contexto. Analizando algunas de las medidas políticas sobre el SIDA que se toman en nuestro país, se comprueba que el modelo europeo es el más ampliamente

seguido. Así, la Generalitat de Cataluña adopta una postura ética en favor de una *desdramatización constructiva*. Muestra preocupación por la necesidad de ayuda médica y moral a las personas infectadas y a los enfermos. Andreu Segura, director del Programa para la Prevención y el Control del SIDA impulsado por la Generalitat, ha publicado recientemente un manual de difusión popular que se incluye con el dominical del rotativo *La Vanguardia*². El librito aporta información sobre las vías de contagio (principalmente sangre, semen y secreciones vaginales), las maneras de evitarlo (preservativo y jeringuilla desechable) y sobre algunas pautas de comportamiento a seguir ante infectados y enfermos.

La intención del libro de Susan Sontag se puede expresar con el siguiente fragmento del final del texto: «Es muy deseable que determinada enfermedad por la que se siente tanto pavor, llegue a parecer ordinaria [...] El esfuerzo por zafar a esta enfermedad, que tanta culpa y vergüenza despierta, de estos significados, de estas metáforas, es particularmente liberador, aun consolante. Pero no se ahuyenta a las metáforas con sólo abstenerse de usarlas. Hay que ponerlas en evidencia, criticarlas, castigarlas, desgastarlas.» En lo referente a la catástrofe han habido, en opinión de

² Andreu SEGURA, *El SIDA: Un desafío asumible* (Barcelona: *La Vanguardia*, 1989), 63 pp. Guía 3, dominical, del periódico *La Vanguardia*. En una línea más militante está R. DE BLAI, *Disfruta la vida, evita el SIDA* (Barcelona: *Icària*, 1989), 123 pp.

Susan Sontag, llamamientos múltiples a la movilización general en las sociedades de masas contemporáneas, que han tenido escasa respuesta por parte de la población. El SIDA añade gravedad a ese supuesto declinar de la humanidad; el apocalipsis deviene constante y creciente en la medida que aumenta la interconexión espacial.

El texto hace alarde de un léxico rico y los contenidos variados del mismo sugieren la multitud de disciplinas que la autora conoce: Sociología, Historia (de las ideas, de la ciencia, de las culturas, y de

las religiones), Medicina, Literatura y Psicología, entre otras. Las horas de lectura y reflexión que hay detrás de esta magnífica obra avalan a su autora como una de las mejores ensayistas de nuestro siglo. Y además como una ensayista comprometida, que no duda en escribir sobre los problemas sociales más importantes del momento. Y es que el SIDA no es ninguna metáfora, sino un problema real sobre el que los científicos/as sociales tienen mucho que decir.

Santi MACIÀ

ROMÁN REYES

Filosofía de las ciencias sociales

(Madrid, Ediciones Libertarias, 1988)

Una vez analizada la obra, *Filosofía de las ciencias sociales*, soy de la opinión de que para iniciar esta recensión, probablemente no exista nada mejor que acudir al autor cuando afirma —y en cierto modo condensa, precisa y concluyentemente, el contenido de su discurso— que: «La voluntad de fragmento es ahora voluntad de ruptura: me permito, en consecuencia, ser deshonesto al reproducir fragmentos descontextuados: a uno no le queda más remedio que forzar la proposición, que remodelar la palabra culta, que burlar la lógica de la expresión noble, el juego de palabras maldito de la reproducción institucional que un incómodo y odioso orden de lo real exige.

Mis fragmentos han sido y son simplemente eso: una vulgar sociología —un intento de aproximarse a lo que los eruditos llaman «discurso sociológico»— acerca de la vida cotidiana.

Ni discursivo ni sociológico —porque los adjetivos terminan por sustantivar lo real—, mis fragmentos apuntan hacia una meta posible: el reencuentro —reiteradamente al alba— de la palabra con lo que originariamente nombrara» (p. 10).

Sin embargo, de esta declaración conviene, al menos, precisar dos puntos que se refieren, el primero, a que no existe tal descontextualización, puesto que los fragmentos se relacionan y vinculan dialécticamente con la realidad existencial y for-

mal-institucional que nos rodea. De aquí que no se me alcance el comprender dicha deshonestidad declarada; pienso que no existe —en términos relativos— descontextualización desde el momento en que vivimos un proceso ya iniciado y cuyas tendencias son, en cierta forma, probablemente previsibles.

Es ésta una obra que demuestra que se pueden hacer bien las cosas —sin apartarse de los criterios de la metodología y epistemología, de las ciencias sociales más relevantes actualmente— sin necesidad de ser un bufón de lo establecido y para lo establecido.

El segundo relata que en cuanto a lo de «vulgar» nada, porque si algo necesita la sociología es ese contacto directo y transparente con toda la realidad y no sólo con la que le interesa al poder. El proceso de democratización debe incluir, también, la construcción democrática de la sociología. Además: ¿no es la calle una auténtica escuela de sociología?; ¿no es la realidad callejera uno de los mejores medios de que disponemos para establecer comparaciones objetivas entre las teorías que versan sobre ella?

Ya sabemos, aunque no siempre todos somos conscientes de ello, que podemos acercarnos a la realidad por medio de variados procedimientos. Estamos ya en el tiempo de admitir el pluralismo sobre la realidad y, consecuentemente, en la hora de abandonar los monolíticos dogmatismos que conducen a la sinrazón racionalizada de la razón.

El conocimiento nos informa y documenta sobre la realidad. Sin

embargo, no podemos olvidar que el conocimiento nos advierte y previene de forma constante de sus límites, resultado de su propia dinamicidad: los dogmatismos y los dogmáticos obstaculizan el desarrollo y la amplitud del conocimiento.

Realizando acercamientos, de este tipo, a la realidad se muestra de manera diáfana la distancia entre lo real existencial y lo formal-real-funcional existente. Construyendo una «vulgar» sociología se contribuye a la desvulgarización de las posibles vulgarizaciones sociológicas —me refiero a las ya en exceso obsoletas— y, al mismo tiempo, se insiste en el hecho de que la sociología tiende a vulgarizar los conocimientos sobre la realidad y que, ella misma, es conocimiento, sistematización y control de lo vulgar.

También se puede sostener que vulgar, evidente y común, en el sentido que aquí le atribuyo, es la realidad concluyente y no concluida definitivamente. O, lo que viene a ser lo mismo: lo que es, lo establecido y nosotros formamos parte de esa realidad —se nos niegan otras posibles— como edulcorados productos, como elementos integrados y adaptados.

Como decía Tierno Galván: «La realidad es un resultado. Resultado y realidad son equivalentes. La realidad es en la medida en que re-sulta» (E. Tierno Galván, *Escritos*, Tecnos, Madrid, 1971, p. 544).

Una considerable parte de la producción sociológica actual tiene como función propia y exclusiva, derivada de su posición, la producción y reproducción de lo evidente

y común de forma eminentemente instrumental.

Se producen conocimientos «científicos» sobre la realidad cotidiana y común, que nos invade a todos, de manera patente y de la que se suele decir lo contrario a lo que posteriormente realizamos. Es ya algo evidente, para todos, que una cosa es hablar y otra actuar: el desdoblamiento de la personalidad es un hecho. Irresistible progresión unilateral y limitada de la llamada «sociología científica» que ofrece sus productos acompañados por la etiqueta de «hecho científicamente» o, lo que es lo mismo en los tiempos actuales, realizado legítima y legalmente. Sin embargo, bajo este hecho de aparente y firme neutralidad objetiva, subyace la inconfesable pretensión (realidad en general), referida a desacreditar a todos aquellos discursos que desacatan de forma ostensible los principios rectores de la administración y administradores de la ciencia: frente a las diversas realidades que emergen de la realidad, el monopolio de los medios de administración de la realidad intenta configurar y definir a ésta como única y válida para todos. Por lo tanto, todas aquellas aproximaciones a la realidad que no coincidan o no se adecúen a los cánones establecidos, serán calificadas a acercamientos precientíficos o pseudociencia.

Cuando la teología y la metafísica han sido superadas —lo cual no quiere decir abandonadas— por los prodigiosos y eficaces logros de la ciencia; cuando se ha institucionalizado su forma de proceder, a partir

de su administración, como el único que reporta un verdadero conocimiento sobre y de la realidad, y cuando un determinado discurso científico insiste en que es ésta la singular realidad factible, incluida la social, eliminando de manera tajante toda posible trascendencia o transformación; no cabe duda alguna que, inevitablemente, ante semejante «reducción» de la realidad y del hombre sólo puede quedar como máxima aspiración y deseo legal el consumo de lo institucional y socializado. Habida cuenta de que la ideología del consumo y del bienestar (que muy pocos alcanzan) es hoy lo común, vulgar y evidente, la que de mejor manera satisface las demandas del sistema imperante, de la dominación y, al mismo tiempo, la que provoca la anulación de las posibilidades humanas que tiene el hombre. Es necesario, ante tal estado de la cuestión humana y social, prestar mayor atención a los discursos, como el que estamos recensioando, que insisten científicamente en que aún existen posibilidades para el hombre y la sociedad.

El proceso de la ciencia nos enseña e impide que se pueda dogmatizar sobre las cuestiones sociales. No obstante, la utilización de la ciencia y sus productos como factores que sirven para legitimar la dominación es una realidad. Es evidente, común y vulgar que en lo relativo a las cuestiones humanas y sociales, la administración de la ciencia tiende a comportarse de forma ideológica-dogmática porque, entre otras cuestiones, suele tachar de no científicas a todas aquellas tendencias discursi-

vas, que formulan sus planteamientos a partir de unos supuestos que difieran radicalmente de los suyos —que son los de la dominación establecida—: sólo es ciencia lo que se atiene a lo que es, es decir, a lo que es evidente, común y vulgar.

Dada la compleja problemática por la que atraviesan las denominadas ciencias sociales, se hace inevitable el recurrir a aquellos discursos que son producto de los conocimientos adquiridos y que sin abandonar los presupuestos científicos, juega, por así decirlo, con otro tipo de variables o valores.

Siendo su olvido una realidad muy frecuente conviene recordar que: «En algunos casos existen, pues, dificultades graves para lograr la neutralidad objetiva al nivel óptimo, que debe caracterizar la investigación científica. Se puede sostener, y se ha sostenido, que esa neutralidad objetiva óptima es absolutamente imposible de alcanzar» (E. Tierno Galván, *Conocimiento y Ciencias Sociales*, Tecnos, Madrid, 1966, p. 19) aunque «la mecánica del método y la implicación del observador a esa mecánica impide, o al menos debe impedir en las llamadas ciencias sociales, la arbitrariedad que en el orden de la creación caracteriza a la actividad estética» (E. Tierno Galván, *op. cit.*, p. 20), no obstante, debemos tener en cuenta que en las ciencias sociales es necesidad inexcusable no omitir que estamos tratando con «la epistemología de las sistemáticas arbitrarias» (E. Tierno Galván, *op. cit.*, p. 22) y que «por mucho que generalicemos nuestras disciplinas

tendrán siempre carácter ocasional y casuístico» (E. Tierno Galván, *op. cit.*, p. 46). En suma, «el teórico de las ciencias sociales reflexiona sobre los fenómenos sociales desde una determinada situación social, que condiciona sus puntos de vista, sus supuestos y conclusiones. Como nadie puede escaparse de estar en una determinada situación social, y desde ella se reflexiona sobre la llamada tradicionalmente «realidad social», resulta que no existe, propiamente hablando, «objetividad sociológica». Esta antinomia —para algunos «contradicción constitutiva»— de la sociología está presente a todos los sociólogos, pero a veces contribuye más a condicionar que a neutralizar. Desde el punto de vista de la sociología, este hecho se admite como un dato más. Que la observación esté condicionada plenamente no quiere decir que se invalide la observación, sino que se acepta la observación de las condiciones del condicionamiento» (Tierno Galván, *op. cit.*, p. 109).

Por razones de carácter analítico, de espacio y lugar, me limito ahora a la realización de una breve exposición-información de cada una de las partes y, para ello, nada mejor que resaltar algunas de las fracciones de esos lúcidos fragmentos que considero más relevantes y significativos.

A la presentación, anteceden unas reflexiones del autor que, dada su importancia, es obligatorio citar, puesto que contribuyen de forma eficaz a contextualizar lo producido o reproducido y son, además, un alegato en defensa de lo escrito.

Dice Román Reyes que su pretensión «no supone ningún intento de organización del pensamiento, antes al contrario una aproximación a lo que pudiera considerarse reorganización de la vida en función de ese conjunto de fragmentos a la que fielmente pretenden remitirnos» (p. 9) y arguye que «uno escribe fragmentos porque vive fragmentariamente. A golpes. Y ese uno termina por sistematizar el propio pensamiento fragmentario, porque no de otra manera podría justificar un compromiso mínimamente ciudadano» (p. 9).

Partiendo de su posición y reconocida experiencia como docente, investigador y publicista aclara la posible ambigüedad en que se encuentran, o pueden encontrar, los que están «situados dentro de —en cadenados a— la organización institucional de la producción y transmisión de conocimientos, cualquiera puede sentirse víctima de su propia contradicción: decir lo mismo y hacer continuamente lo otro, pensar lo mismo cuando sabemos que está sucediendo lo otro, repetir lo mismo —y hacerlo comprensible— cada vez que asumimos dócilmente nuestro papel de actores que simulan lo otro. Vender —hacer valiosa— una imagen distorsionada de la realidad, cuando tenemos argumentos —esos que el silencio anuncia— para denunciar la farsa» (p. 9). En fin, el autor refleja con su autocrítica —acto de humildad intelectual muy loable y, sin duda alguna, poco frecuente— una situación que es de dominio público —real no formal— y que ya forma

parte del argot popular, basado en una intensa y larga experiencia acumulada en el trascurso de los tiempos y registrada en la memoria colectiva de los pueblos. Dicha situación o circunstancia se traduce en una serie de dichos o axiomas que denuncian las evidencias de lo formal no declaradas aunque sí de sobra conocidas.

Estas propuestas nos sirven, oportunamente, porque nos acercan de forma efectiva al discurso aquí presentado —y valga la redundancia—, pues en ellas se transparenta no sólo el contenido e intencionalidad de lo escrito, sino también la transformación o reconversión de aquella disposición de fragmento por un ánimo de ruptura. Sin duda alguna, son ejercicios de meditación sobre los conocimientos adquiridos y que, acompañados de las puntuales observaciones sobre el medio social, en el que cotidianamente desempeñamos el producto de nuestro «ser social» conducen inevitablemente a la necesidad imperiosa de plantear y cuestionar todo aquello que constituye una rémora para el conocimiento y el equilibrio del individuo —hoy escindido en tantas parcelas que nos impiden su pleno reconocimiento—. El individuo ha sido obligado a relacionarse con el mercado y venderse, y ha vendido (incesantemente) tanto de sí mismo que ahora sólo le queda aparentar de lo que no tiene con lo que tiene y que constantemente le recuerda lo que ya no tiene. La mercantilización de su «ser» conduce al «no ser», por lo tanto a la lucha entre las dos tendencias encontradas.

El conocimiento del hombre y de lo social tiene que servir para algo más que: jerarquizar, dominar, controlar y reducir; ésta es la denuncia, siempre presente en este texto: habida cuenta de que somos resultados sociales, elaborados unos por los otros y los otros por aquéllos y así sucesivamente, se procede a demostrar y esclarecer que los individuos antes que nada son estudiantes de la particular lección de lo social. Obligado ritual de iniciación en lo que es y que implica de modo irreversible dejar de «ser».

Todos hemos sido y somos alumnos que hemos aprendido la lección de lo establecido; ésta y no otra es la primera lección que figura en todo sistema de socialización: humanos despojados de su humanidad progresivamente. Individuos socializados de una vez —«estigmatizados»— y resocializados constantemente. Tendemos mecánica y dialécticamente a producir a partir del prefijo *RE*.

Adorno y Horkheimer argumentaron que: «Este mérito de la sociología hay que recordarlo hoy, cuando la sociedad ha llegado a ejercer sobre el individuo poderosísima presión, y las reacciones individuales son contenidas dentro de límites muy reducidos; pero la consideración psicológica es la que más a menudo se adelanta a la sociológica: cuanto menos individuo tenemos, tanto más individualismo» (T. W. Adorno y M. Horkheimer, *La sociedad*, Proteo, Buenos Aires, 1969, pp. 55-56). Solidarios —cada vez más— con lo que es insolidario por su propia naturaleza. ¿De dónde

sino viene su efectividad? Insisten Adorno y Horkheimer en que «la creencia en la independencia radical del ser individual respecto del todo es, a su vez, sólo apariencia. La forma misma del individuo es forma de una sociedad que se mantiene viva gracias a la mediación del mercado libre, en el cual se encuentran sujetos económicos libres e independientes. Cuanto más se refuerza el individuo, tanto más crece la fuerza de la sociedad, en virtud de la relación de cambio en que se forma el individuo» (T. W. Adorno y M. Horkheimer, *op. cit.*, p. 54). Objetos dinámicos estabilizados o con tendencia a la estabilización. O también dinamismo insolidario y estatismo retrógrado. El proceso de socialización del hombre produce, de esta manera, que «para el individuo totalmente interiorizado, la realidad se convierte en apariencia y la apariencia en realidad» (T. W. Adorno y M. Horkheimer, *op. cit.*, p. 58).

De nuevo, los autores anteriormente citados hacen hincapié en que: «La comprensión de la acción recíproca que individuo y sociedad ejercen uno sobre otro tiene una consecuencia fundamental —evitada precisamente por la sociología positivista— en la idea de que el hombre como individuo alcanza su existencia propia sólo en una sociedad justa y humana» (T. W. Adorno y M. Horkheimer, *op. cit.*, pp. 56-57), y en defensa de ello «se podría inclusive sostener que cada hombre viene al mundo como individuo, como ente biológico individual, y que frente a este hecho fundamen-

tal su naturaleza social es secundaria, o sólo derivada. Este hecho biológico no es olvidado; una sociología verdaderamente crítica debe rehacerse de acuerdo con él, y no como último término, para evitar el idolatrar la comunidad social» (T. W. Adorno y M. Horkheimer, *op. cit.*, p. 52).

En este sentido bienvenidos sean —pues aún nos queda el conocimiento y la memoria— todos los discursos de este tipo (como el de Román Reyes), carácter, sentido e intencionalidad que nos recuerdan nuestra condición de ficciones al nivel sociológico, posiciones en cuanto a lo social y de meros elementos de una u otra abstracción tanto en el plano de la sociedad en general como del pueblo colectivamente. Además de nuestra condición actual se remembran en este libro las posibilidades que tenemos los individuos-sociales de transformar, construir y modelar real, directa y democráticamente la realidad de la que formamos parte y, por lo tanto, consecuentemente a nosotros mismos.

De forma responsable —con conocimiento y por el conocimiento al servicio exclusivo del hombre y la humanidad— se oferta un planteamiento que implica, de forma inexorable, un digno pronunciamiento contra todo tipo de dogma (sea del signo que sea) que defina, unilateralmente, lo que es y tiene que ser la realidad social y humana sin apenas contar con ellos y a partir del estatuto de infalibilidad que poseen los conocimientos establecidos: es un alzamiento contra el

monopolio del conocimiento que mantiene subyugado al hombre. Dados los conocimientos actuales, es necesario cuestionar que existe únicamente un sólo tipo de conocimiento «verdadero». La administración monopolística del conocimiento sólo produce desconocimiento y oscurantismo porque raras veces está en función del hombre.

Se trata, por decirlo de algún modo, de forzarnos a ser lo que posiblemente podríamos haber sido y que, si embargo, no somos. Se hace necesaria la ruptura con ese definidor del acontecer social que integra al hombre seccionándolo.

Distingue, con sólidos fundamentos, que mientras que la ciencia tiene por objeto lo real y se atiene, dado su carácter, a lo que «es», la filosofía a partir de su condición —de no convertirse en otra cosa— le es permitido ir más allá de lo establecido —en mi opinión es ésta su función principal—. Estamos inmersos en una actualidad esperpéntica fraccionada, producto de las elucubraciones instrumentales de los expertos (objetivo prioritario de la «racionalidad instrumental» y de sus administradores).

El nuevo filósofo está llamado a desarrollar una importante función y ésta no es otra que denunciar, a toda voz, las arbitrariedades que existen, tanto a nivel de la metodología como de la epistemología en las ciencias sociales particularmente.

Román Reyes, en esta obra, conjunta de forma idónea la filosofía y la sociología. De este fecundo matrimonio, emerge un tipo de discurso al cual no estamos acostumbrados, ya

que es una reflexión realizada con el rigor de la ciencia y la lucidez imaginativa que reporta la filosofía.

Es un libro muy recomendable para todos, porque su contenido abre perspectivas y pone en evidencia al individuo (aquí radica su fuerza) sobre todo al docente que se sabe producto hecho a «imagen y semejanza» de la sociedad en que habita. Al mismo tiempo, nos recuerda que somos nosotros, a partir del conocimiento y la razón, quienes tenemos que dar cuenta y mostrar a los demás que lo establecido no sólo reduce, sino que también aniquila las cualidades humanas, pues exige tanto la pasividad como la esquizofrenia. La conclusión no puede ser otra: atenerse a la miseria dada, sólo puede conducir a la miserabilización de la especie.

Creyéndonos amos y señores defendemos, seria y puntualmente, una situación que obstaculiza el desarrollo razonable y racional de las ciencias sociales.

A partir de su condición de hombre perteneciente a una especie, de ciudadano y a tenor de la situación formula una vindicación: con los conocimientos que poseemos, los que aún están a nuestro alcance, y la posible disponibilidad de los medios, podemos y debemos ocuparnos algo más de la cuestión humana y social.

Contando con la relativa autonomía de lo superestructural (recordemos que estamos inmersos en un proceso de deslegitimación creciente y cambiante a causa de las demandas económicas y de los

avances de la ciencia y de sus aplicaciones prácticas) y asumiendo los conocimientos adquiridos, es factible el desempeñar una función más completa que la que estamos realizando. Sin embargo, esto implica algo que es fundamental: entender la enseñanza como medio —nunca como fin que es lo que suele suceder— al servicio de la formación integral y especializada de los individuos. Como emancipación de los oscurantismos y de las parcialidades de la socialización domesticadora, que es el único modo (hasta el momento conocido) de evitar las continuas recaídas de los hombres en la idolatría. Enseñanza de, para y con el hombre. Formar y dotar a los sujetos de los conocimientos suficientes y necesarios que les permitan valerse por sí mismos. El conocimiento para provecho y realización del hombre. El conocimiento sin límites para todos. El conocimiento tiene que dejar de estar subordinado a intereses ajenos a su propia esencia y función.

Román Reyes, recogiendo algunos resultados que ofrece la sociología —escrutadora de la realidad— los fundirá con las prerrogativas que facilita la filosofía —permite el distanciamiento coherente de la realidad sociológica—, produciendo, de esta manera, un enriquecimiento de las dos disciplinas.

En otro orden de cosas, pero manteniéndonos en la misma cuestión, lo que nos ocupa es lo que Carlos Moya plantea: «La constitución de la mayor objetividad sociológica que exige la "vocación actual" de nuestra disciplina, a la

vez que supera muchos de los enfoques académicamente establecidos, supera decisivamente su crítica puramente negativa desde posiciones como las de Marcuse. La libertad no se recupera retrocediendo desde la razón científica positiva a la utópica metafísica: sino avanzando hasta una nueva forma de la razón científica que ha asumido conscientemente, en su propia fundamentación y codificación metodológico-teórica, su compromiso con la libertad y la razón dentro del desarrollo social de la historia humana» (C. Moya, *Sociólogos y Sociología*, Siglo XXI, México, 1975, 2.^a ed., p. 120).

Partiendo del análisis científico-social de lo establecido, una sociología a disposición de la libertad y la razón, probablemente tendrá que convertirse en instancia crítica, dadas las insuficiencias de la realidad fáctica en cuanto a la realización del ser humano.

¿Qué se puede esperar o pensar de unas ciencias sociales —existen otras formas de hacer ciencia social aunque éstas no administran lo que es ciencia social— que bajo el arropamiento de «científicas» permanecen subordinadas a lo establecido de forma pasiva y se acicalan de continuo a sí mismas? Las ciencias sociales, muy a menudo, dejan de ser medios de emancipación para convertirse en fines, en ideología fina y costosa. De ahí que como siempre «la producción y reproducción histórica de las estructuras sociales es, siempre, producción y reproducción de relaciones de dominación» (C. Moya, «Argumen-

tos para otra ciencia social», en *Teoría Sociológica Contemporánea*, dirección y prólogo J. J. Blanco y C. Moya, Tecnos, Madrid, 1978, p. 511).

En palabras de Tierno Galván, «se podría decir que la sociología ha sido una ideología con conciencia de su inexorable destino científico» (E. Tierno Galván, *Conocimiento y Ciencias Sociales*, Tecnos, Madrid, reimp. 1973, p. 33). Sin embargo, la sociología —al igual que otras ciencias sociales— aún no ha logrado plenamente su objetivo. Nos encontramos en los umbrales de la auténtica ciencia sociológica. Estamos inmersos en una compleja transición interesada donde determinados grupos de interés obstaculizan con sus pretensiones el desarrollo de las ciencias sociales: son las rémoras que hacen de la sociedad y de sus elementos una organización al servicio de la dominación.

En la obra que estamos tratando se lleva a cabo y esboza esa necesaria y vinculante relación entre el sociólogo y el filósofo. O, lo que es lo mismo, en el autor de «Filosofía de las ciencias sociales» se produce la filosofía —como oportuno complemento— ante las insuficiencias de la sociología imperante, todavía contaminada por la ideología de la dominación.

La aportación de R. Reyes supone un tratamiento de la realidad social necesariamente crítico, porque en su análisis de la realidad incluye como objetivo prioritario el desenmascaramiento de la real realidad de la dominación a partir de sus fundamentos. Se interpreta la

realidad partiendo del materialismo. Es una interpretación que arranca de las aportaciones de la ciencia social, para demostrar la necesidad de transformar los supuestos de las ciencias sociales. El conocimiento sociológico facilita la oportuna documentación sobre la tangibilidad de la dominación del hombre por el hombre, y la filosofía se traduce en un quehacer que no aboga por la justificación lógico-abstracta de la necesidad de la dominación, sino que por el contrario, se convierte en la oportuna y eficaz —a la luz de los datos— instancia que revela a todos los hombres sus carencias y desdichas actuales, que vienen a ser la fuente de la dominación. La cuestión —tarea ardua— es cambiar los papeles y funciones que han tenido y tienen hasta hoy las ciencias sociales: de ser legitimadoras pasan a ser críticas.

Ante lo que estamos exponiendo no deben existir muchas dudas, pues todo esto ya ha sido reflejado por diversos y destacados autores. Así, por ejemplo, el ya citado C. Moya finaliza su artículo «Argumentos para otra ciencia social» diciendo que «aquí no se pretendía otra cosa sino empezar a encaminar el discurso de la Teoría Sociológica contemporánea hacia la situación límite de su propia ruptura epistemológica, abriendo así la posibilidad a la creación de nuevos paradigmas teóricos. Ajenos ya a toda gloriosamente implícita legitimación teológica del Estado» (C. Moya, «Argumentos para otra ciencia social», en *Teoría sociológica*

contemporánea, dirección y prólogo J. J. Blanco y C. Moya, Tecnos, Madrid, 1978, p. 545). Norman Birnbaum apostilla que: «El problema al que se enfrenta el discurso sociológico es trascender las objetivaciones de las diferentes formas de objetivaciones-limitaciones ideológicas que deben ser tratadas en sus propios términos como sistemas de discurso. Además, no todas las limitaciones de visión y pensamiento de la sociología son ideológicas. Muchas se derivan de deficiencias del saber, rigor e imaginación. Dicho brevemente, el correctivo para un discurso sociológico deficiente es un discurso más convincente» (N. Birnbaum, «¿El final de la sociología?», en *La miseria de la sociología*, T. Bottomore, Tecnos, Madrid, 1982, p. 114). Franco Ferrarotti ha señalado que «la institucionalización constituye tanto una protección como una barrera. Tien- de a alejar al sociólogo de su sociedad concreta y de las necesidades peculiares de su entorno social inmediato» (F. Ferrarotti, «Comentarios introductorios sobre el tema: ¿Está en crisis la sociología?», *op. cit.*, p. 18) y además «parece que vivimos en una era en que la experiencia vivida es más rica que los marcos conceptuales» (F. Ferrarotti, «Comentarios introductorios sobre el tema: ¿Está en crisis la sociología?», *op. cit.*, p. 22). Ivan Kuvacić escribió «que la sociología del Este está convergiendo con la sociología de Occidente en la medida en que hoy las dos desempeñan la función de integración social» (I. Kuvacić, «Sociología e integración social»,

op. cit., p. 49) y soslayó que «la investigación sociológica empírica no es una empresa noble para el bien común de la humanidad, como puede que le parezca a algún entusiasta investigador joven, sino que es, en gran medida, un elemento del funcionamiento eficiente de las organizaciones económicas y políticas» (I. Kuvacić, *op. cit.*, p. 51). Igor S. Kon aludió significativamente a que «un ingeniero social que dedique todo su tiempo a los problemas técnicos puede aceptar fácilmente las relaciones sociales existentes como las únicas posibles y, por tanto, convertirse en su apologista. Este peligro no debe olvidarse nunca» (I. S. Kon, «La crisis de la sociología occidental y el "segundo descubrimiento" del marxismo», *op. cit.*, p. 43) y, en fin, A. K. Saran comenta la problemática diciendo que: «La redención de la sociología del hombre "moderno" no se encuentra en la sociología reflexiva, crítica o dialéctica, ni en las sociologías negra, china o india. Es necesaria una revolución intelectual para que el modo de pensamiento evolutivo deje paso al pensamiento cosmológico, para que la perspectiva autológica ocupe el lugar de la antropológica. Esto exige una metanoia» (A. K. Saran, «Algunas reflexiones sobre la crisis de la sociología», *op. cit.*, p. 75).

Aunque estas últimas citas se refieren exclusivamente a la sociología, de forma eventual, se podría decir lo mismo del resto de las ciencias sociales.

Prosiguiendo con el programa, del libro en cuestión, de la presen-

tación y del resto de los capítulos he recogido las siguientes proposiciones:

0. *Presentación*: «La Universidad es una deliciosa mentira de y en la que vivimos, entre otros, sus profesores, aunque no más mentira que esa principal fuente del equilibrio, el lenguaje cotidiano, que a diario consumimos y a diario mantenemos caprichosamente vigente» (p. 12). «Estos son fragmentos que reflejan un pensamiento no menos fragmentario. En tanto que sistema sistemáticamente asistemático» (p. 12). «No justifico nada y creo que nadie pueda hacerlo de una vez por todas, a no ser que sea un dios o un héroe» (p. 13). «Sólo a base de martillar con el "no" —mejor con un "tal vez no"—, es como puede llegarse a un "sí" válido "por ahora"» (p. 13).

1. *Sobre la Universidad*: «Y puestos a construir una Universidad diferente, construyamos, pues, antes una filosofía diferente. Cuestionemos, en consecuencia, todos los discursos filosóficos —sistemas o escuelas— que hasta ahora se han pronunciado» (p. 21). «Y no se trata de desplazar al poder del escenario de la transmisión y producción de conocimientos, ni de pensar en la posibilidad de un poder más allá de la institución y sin efecto alguno sobre la misma, porque, en su caso, esta ruptura jamás sería efectivamente realizable» (p. 22).

2. *Sobre el poder*: «El saber total —es decir, no excluyente, abierto e inacabado, no absoluto— debe ser

la meta de cualquier Estado que se autodefina como democrático» (p. 44). «El proceso de socialización no es, pues, otra cosa que un proceso de paciente domesticación por la palabra: domesticación académica —de la escuela a la Universidad—, domesticación doctrinal —de la iglesia al partido—, domesticación social —de la familia a los mass media—. Al fondo... la palabra, siempre la "sagrada" palabra, la que sólo pueden pronunciar quienes estén en posesión del carisma preciso y en una situación precisa de emisión. Y la verdad que esta palabra dice representar y defender nunca nos hará libres —¡oh, irónico espejismo!—, sino amaestrados esclavos de la monotonía y del lenguaje que la perpetúa» (p. 58).

3. *Sobre la objetividad*: «Cualquier imagen de lo real ha de ser necesariamente imperfecta, si es que no desea anular las posibilidades de corrección que toda imagen conlleva» (p. 79). «Pero una razón que sólo justifica puede ser cualquier cosa menos "razón científica"» (p. 90). «La ciencia ha de ser progresista, de lo contrario será cualquier otra cosa menos ciencia» (p. 104). «Es el enfrentamiento de posturas ideológicas lo que realmente impide un desarrollo normal de las ciencias sociales» (p. 115).

4. *Para una filosofía de las ciencias sociales*: «Que nadie piense que dudo de la eficacia de la institución y la de aquellos que estamos a su servicio» (p. 129). «Y los dioses —por ser la negación del hombre— no son soporte de racionalidad

alguna» (p. 131). «Es necesario nuevamente subrayar que tanto a la hora de interpretar, como a la de predecir resultados juega un papel importante la ideología» (p. 136). «Y si hablo de dioses —algo que se repite machaconamente en mis escritos— es precisamente porque me importa el hombre, los hombres de aquí y de ahora» (p. 132). «Sigue aún teniendo sentido una filosofía de lo social, una reflexión sobre todo el hombre» (p. 145).

5. *Para una filosofía de las ciencias sociales*: «La cuestionabilidad no es agotable» (p. 183). «El dogmatismo, junto al profetismo —y esto es ya de dominio público— es la tentación que más acecha a los científicos de nuestros días. ¡Y cuántos sucumben todavía a ambas tentaciones!» (p. 211). «El conocimiento científico es conocimiento aproximado» (p. 229).

6. *Apuntes intempestivos*: «Llamamos ahora pluralismo a lo que antes registrábamos como objetividad. La objetividad era un compromiso, el pluralismo es un programa» (p. 247). «Es necesario, pues, controlar previamente el oportuno supuesto cultural para poder estar en situación de mostrar la vida-que-se-vive» (p. 251). «Y como "el sistema es la voz del jefe", el ordenamiento de la totalidad de lo real sigue siendo un privilegio del que ejerce el poder político-económico» (p. 255).

Los cuatro últimos capítulos, para no agotar al penitente lector, los refiero brevemente:

7. «Los fragmentos de "la Princesita" o un canto a la ambigüedad».

8. *Filosofía y metodología de las ciencias sociales: Programa general*. En el que afirma que «lejos de presentarlo como definitivo, mi plan de trabajo sólo pretende ofrecer una aproximación crítica al estado de la cuestión» (pp. 291-292). Finaliza la obra con los capítulos 9 y 10 donde se alude a una «*Bibliografía General A*» y a otra «*Bibliografía General B*». La primera de las bibliografías remite a las obras escritas en español y la segunda a los libros en el resto de los idiomas.

Antes de finalizar, es preciso destacar por su relevancia las siguientes cuestiones en torno a la reflexión que Román Reyes nos ofrece:

— No cabe duda alguna que, «*Filosofía de las ciencias sociales*», constituye un magnífico libro porque, entre otros menesteres, procura desde el principio hasta el final que los demás piensen —y no repitan— por sí mismos, y se formen a través de su afirmación como hombres.

— Es una meditación que se elabora a partir de la información científico-social y de la experiencia observacional sobre la representación social que desempeñamos inhumanamente los humanos en los sistemas sociales en que vivimos.

— Los autores, que le acompañan en su lúcido viaje, son entre otros: Habermas, Bachelard, Le-court, Nietzsche, Marx, Cioran, Weber y Foucault. Aunque, en honor a la verdad, la obra lleva el sello de su autor.

— Constituye un ejemplar idóneo y un útil instrumento tanto para la iniciación de los profanos como para los especialistas. Aporta algo que, hoy en día, es fundamental para formarse-haciéndose y no deshaciéndose como suele ocurrir, y dicha aportación no es otra cosa que la potencialización y motivación de la «curiosidad científica» integral. Aquí se deja notar la experiencia docente del autor y su sensibilidad para recoger de la realidad a través de su «mirada», todo aquello que los alumnos no domesticados presentan como resultado de su estar y vivir la realidad social.

— Este libro contribuye a disipar una serie de dudas y, al mismo tiempo, permite comenzar la necesaria huida del vacío en que nos encontramos. Es una producción abierta y concreta donde las abstracciones son tan sólo el vehículo utilizado para dominar lo concreto y mostrarlo tal como es. A pesar de la problemática y complejidad del tema que se trata es un volumen que resulta claro, preciso, riguroso, ameno y eminentemente pedagógico.

— Concretamente, la filosofía y la sociología deben abandonar su función compatibilizadora en relación a la realidad establecida. Por otra parte creo que es acertado y conveniente relacionar las proposiciones teóricas con la realidad total que se describe y no desconectarlas como estamos haciendo desde tiempos inmemoriales.

— A partir del conocimiento de la situación, se nos muestra cuál es

la circunstancia y condición de la ciencia social y el papel que en esta coyuntura tiene que desempeñar y «jugar» la filosofía; es decir, ser ácicate y revulsivo del pensamiento científico-social frente a las hordas neoconservadoras que nos invaden e intentan asfixiar intelectualmente.

— A muchos —poseídos— aún el recurso de la «objetividad» les parece un medio suficiente y adecuado que garantiza eficazmente la imparcialidad de sus escritos y transmisiones. Ante esta actitud que facilita la caída en el dogmatismo e intransigencia; ante este riesgo, «Filosofía de las ciencias sociales» es un recomendable antídoto y correctivo, pues disidente de forma alevosa de las visiones, concepciones y doctrinas que intentan imponer un único, unilateral, exclusivo y absoluto criterio sobre la realidad social.

— Es evidente que la pretensión de mantener como válidas posiciones dogmáticas y definitivas en ciencias sociales es un producto patológico derivado del intento institucional y académico por monopolizar, a partir de su administración, el control de lo que es objetivo y «verdadero» en los análisis que se realizan sobre las cuestiones sociales.

— Las facultades de la «objetividad» en ciencias sociales son limitadas, de ahí que sea un anacronismo acudir a la susodicha «objetividad» como recurso que de por sí garantiza de manera suficiente la imparcialidad.

— La realidad —¡por suerte!— es compleja, problemática y, ade-

más, cambiante: se resiste, por su propia naturaleza humana, a ser encasillada y definida definitivamente.

— Las formulaciones o definiciones sobre lo social y humano necesariamente tienen que partir del supuesto de su reducción, parcialidad y en consecuencia de su relativa fragilidad. Por eso, a partir de la obra que hemos analizado, muchas producciones sociológicas y filosóficas dejan de ser relevantes por su eximiedad, en la mayoría de las ocasiones, le había/ha sido adjudicada a partir de su reverencia a la dominación establecida.

— Es curioso que ya, también, para los profanos existan dudas en cuanto al sentido y función de las ciencias sociales: si el conocimiento que reportan las ciencias sociales sirve para conocer y descubrir ¿por qué sólo se suele utilizar aquel conocimiento —que es el que funciona— encubridor? Esta, y no otra, es la tesitura en que se encuentran nuestras ciencias:

1.º El potencial liberador que suponen muchos de los conocimientos logrados permanecen inactivos, silenciados u ocultos.

2.º Las ciencias sociales tan sólo manifiestan, prácticamente, sus posibilidades para dominar y controlar.

Sin embargo, no seamos ingenuos, la cuestión está en que las ciencias sociales son, por el momento, ciencias administradas, ciencias ideológicas, ciencias comprometidas.

De todo esto se deduce que la función emancipadora (latente) de-

be o tiene que ser liberada so pena de permanecer en la estructural crisis y conservadurismo galopante que recorre de una a otra todas las ciencias sociales.

—Es esta una obra viva —y valga la expresión— que produce entusiasmo y el consecuente optimismo frente al pesimismo interesado que tanto abunda. No sólo está henchido de esperanza en una posible reconversión sino que resulta insólito y novedoso ante la uniformidad y disidencia obsoleta.

Además, y esto es de destacar, es un texto atrevido porque sin cesar

golpea contra las formas que deforman. No hay concesiones a la retórica o a cualquier configuración de ocultamiento.

En «Filosofía de las ciencias sociales» no aparece ni un solo atisbo de dogmatismo, hecha la excepción del referido a la necesidad de conseguir unas ciencias sociales acordes con los actuales conocimientos y de esta manera facilitar el desarrollo y plenitud del hombre o, en su defecto, dificultar la omnipresente dominación.

Manuel José RODRÍGUEZ CAAMAÑO

Varios autores

(bajo la dirección de NONNA MAYER y PASCAL PERRINEAU)

Le front national a decouvert

(París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1989)

Las últimas parciales de Dreux y Marsella —donde por primera vez tuvieron que unirse en segunda vuelta desde gaullistas a comunistas, para intentar evitar la elección del candidato frentista— no hacen sino patentizar que una súbita emergencia, se ha convertido en rápida progresión. Vaya por delante que el volumen de la *PNFSP*, donde han colaborado politólogos, sociólogos y psicólogos, es de un rigor y creatividad, que resultan casi inéditos hasta ahora en la hojarasca de tópicos históricos, clichés y estereotipos a los que se recurría usualmente, sin haberse acercado en lo más mínimo a un estudio, ni siquiera aproximado, de la compleja proble-

mática que encierra el *crescendo* neofascista.

El prólogo de *R. Remond* es casi también una conclusión. Comienza avisando sobre el peligro de precipitadas predicciones de observadores e investigadores, que después de un eclipse de una veintena de años, habían pronosticado la desaparición definitiva de esta tendencia, y a deducir de esta situación que los franceses estaban curados de toda tentación extremista. De la obra se intentan extraer dos lecciones. La primera que aunque en política nada es ininteligible, no necesariamente su explicación es puramente racional. En política los comportamientos no estarían regidos por un

cálculo de maximalización de beneficios; por el contrario pueden intervenir también desde los recuerdos, a lo largo de toda una trama psicológica, hasta lo onírico... La segunda lección es que no hay un único principio de explicación; el éxito de un fenómeno es el resultado de una pluralidad de factores convergentes. Esto lo comprobamos en el caso del FN, desde la primera aproximación en torno al electorado que aglutina varios componentes diferentes: desde la yuxtaposición de un núcleo politizado con fuerte contenido ideológico, hasta una masa que ordinariamente no se interesa por la política, y cuya adhesión tiene el significado de un voto de protesta global, pues el FN habría tomado el relevo del PCF en el ejercicio de la función tribunicia.

La comparación con la experiencia de otros países sugiere otra reflexión importante: las condiciones para el éxito del FN se encontraban reunidas en otros países, y sin embargo éstos no han conocido fenómeno análogo. Y viceversa, condiciones distintas han conllevado fenómenos de parecida caracteriología *antisistema*. Signo de que en política no hay causalidad mecánica, y presunción de que los hechos políticos expresarían la singularidad de la historia y cultura nacionales. Dentro de las tradiciones políticas francesas, el FN asocia un comportamiento de *protesta global* y una *preferencia nacionalista*. Es la posteridad de la derecha que *Sternbell* habrá bautizado como revolucionaria. Encontraremos en los temas del FN

las dos caras del nacionalismo: una adhesión sincera a la identidad nacional, el culto de su pasado, una justa apreciación de su originalidad, pero también el revés de estos sentimientos, un miedo por todo lo que pueda alterar su pureza, la inquietud por el futuro, un nacionalismo de exclusión.

El éxito del FN podrá encontrar otra explicación en la mutación que ha modificado el rostro de Francia en los últimos veinte años. Expresa un rechazo de este cambio y una reacción contra sus consecuencias. Canaliza la inquietud, el desencanto de todos los que no reconocen ya la sociedad en la que habían crecido y los valores con los que están identificados. El libro muestra que el FN es una consecuencia de una urbanización precipitada y contradictorios efectos caóticos que no han sido previstos ni corregidos. A este respecto el éxito del FN está próximo al *pujadismo*, que era también una protesta contra ciertas formas de modernización; incluso puede representar ciertas analogías con el movimiento de protesta de *Mayo-68*. Fenómeno que traduce en cualquier caso las incidencias de la mutación social, de una general proyección de desencanto colectivo y de réplica a la actual *situación/frustración del Estado del bienestar*.

*Origen y formación del FN:
1972-1981 (J. Y. Camus)*

Fundado oficialmente en París el 5 de octubre de 1972. Actualmente es la más antigua formación de

extrema derecha activa, bajo una denominación que no ha cambiado. Durante este período, el FN es un movimiento débilmente implantado y estructurado, no pudiendo encarnar la totalidad de una derecha nacionalista fragmentada en varias tendencias. Delimitaremos a continuación las diferentes etapas de su evolución ideológica y organizativa para poner de relieve las rupturas estratégicas y los conflictos de corrientes internas que la han agitado hasta convertirse en un partido político inserto en el juego parlamentario.

La creación del FN es una iniciativa de los dirigentes de *Ordre Nouveau*, movimiento nacionalista fundado en 1969 después de la disolución de *Occident*, rompiendo con la práctica únicamente activista de este. *ON* quería convertirse en el federador de la derecha nacionalista, crónicamente dividida y privada de aparato político desde la disolución de los *Comités Tixier-Vignancourt* en enero de 1966. Se quería imitar el éxito electoral del *MSI* que había alcanzado en 1972 su *score* máximo. Retrospectivamente el FN, de 1988 aparece como una síntesis de tres corrientes de la extrema derecha: el activismo [*Jeune Nation*, *Occident*, *Ordre Nouveau*, *Parti Forces Nouvelles* (*PFN*), el antigauillismo de derecha (*OAS*, *Alliance républicaine pour les libertés et le progrès*), y la tendencia solidarista-integrista (*Mouvement jeune révolution / Groupe action jeunesse / Chrétienne-solidarite*)].

El primer programa frontista, salido de un compromiso entre los *NR* (*Nacional revolucionarios*) y las

facciones más conservadoras aparece en el número de noviembre de 1972 en *Le National*. Afirmándose como la derecha social, popular, nacional, se plantea como una alternativa al gaullismo y al comunismo, abogando por una *tercera vía* entre lucha de clases y monopolios. Denuncia los escándalos político-financieros y la decadencia del poder. Su programa económico no retoma las ideas intervencionistas de *ON*, sino que reclama la reducción al mínimo estricto del sector público y nacionalizado, así como el confinamiento del Estado a su papel de árbitro en los conflictos categoriales. *F. Duprat* le asignaría al FN el papel de ser receptáculo de todos los descontentos. La defensa del pequeño comercio y la difusión de la propiedad por el *mutualismo* serán las ideas-fuerza desde su creación. El FN de 1972 se opone a la inmigración salvaje en la medida en que pone en peligro la salud de los franceses, y desarraigada a los inmigrantes. Califica a los residentes extranjeros de minorías inasimilables, sin establecer una relación automática entre inmigración y paro. En el dominio de la política exterior y de las instituciones, proponen la instauración de un régimen presidencialista y del escrutinio proporcional. En las legislativas de 1973, *ON* redactaría un manifiesto titulado *Defender a los franceses*, cuya idea fuerza sería la movilización de los sectores sanos del país frente a la decadencia moral, de las instituciones y del prestigio nacional. Se trataría de una copia de la *toería de los cuerpos*

sanos del MSI en Italia: búsqueda de apoyo en el ejército, la policía, el clero antiprogresista, los antiguos combatientes, la juventud. El 4 de marzo los candidatos del FN, en su mayor parte miembros de ON, no obtienen más que un 1,32 por 100 de los sufragios.

El período de 1974-78 es el desarrollo de un verdadero partido de la derecha nacional dotado de estructuras regionales, de una prensa regular y de órganos dirigentes. Para acrecentar su audiencia deberá utilizar la *reserva militante*, que son los grupúsculos NR. De esta forma se constituirán en su seno tendencias como en el MSI. 1974 es un año clave marcado por la llegada de Duprat. Este articula la estrategia del FN en torno a tres polos: el antiparlamentarismo y la oposición integral al sistema democrático, la autorización para todo afiliado al FN de pertenecer simultáneamente a cualquier otra formación nacionalista, la aceptación de negociaciones puntuales con cualquiera que se preste en escrutinios locales y nacionales, de hacerse complementario de las pequeñas formaciones de extrema derecha implantadas localmente. Aunque el FN se beneficia del apoyo de los grupos NR, el FN bajo la presión de una parte del aparato, llevó a cabo un viraje ideológico de tipo populista (1978). El Frente denuncia la arbitrariedad fiscal, la influencia destructora de los sindicatos políticos en la empresa y el estatismo. El liberalismo económico que defiende tiende a dar espacio a la iniciativa personal, a favorecer las pequeñas y medianas

empresas, a limitar los gastos de protección social y el impuesto sobre la renta. Busca un electorado de comerciantes y artesanos, de pequeños empresarios y empleados, que reprochan a Giscard sus relaciones con el mundo financiero, y a los *neogaullistas* su timidez en la política social.

A finales de 1981 puede hacerse un balance; electoralmente el FN representa menos de un 1 por 100 de los votantes; sin embargo, ha conseguido en menos de diez años hacer cohabitar hombres venidos de horizontes políticos heterogéneos, dotarse de un líder que no dispone en el seno del partido ni en el conjunto de la extrema derecha de ningún adversario, y de un embrión de aparato. Su táctica será la oposición resuelta y sin matices tanto al socialismo como al liberalismo, dejando de ser una fuerza de apoyo para convertirse en el epicentro de una «derecha» en plena recomposición. La proliferación de *clubs de reflexión* le permitirá aumentar su presencia en los medios socioprofesionales y la desaparición progresiva del PFN, hará de él el único componente estructurado del neonacionalismo.

Etapas de su implantación electoral 1972-1988 (P. Perrineau)

La revuelta de mayo del 68 y la explotación del miedo al desorden no beneficiarían a la extrema derecha, que recoge penosamente el 0,1 por 100 de los votos de las legislativas de 1968. El empuje regular de la izquierda en los años setenta no

favorecerá a una corriente política que en indiferencia general se ha dotado de un nuevo partido en 1972. Cuando se crea el FN su objetivo prioritario será federar varios grupúsculos de extrema derecha, a fin de ir pesando electoralmente. En las elecciones de 1973 obtiene el 0,52 por 100 de los votos. Incluso a este bajo nivel electoral vamos a ir encontrando una estructura geográfica característica: el litoral mediterráneo, el Suroeste, el valle del Loira Medio y la región parisina. En las elecciones europeas de 1979 la lista de la *Euroderecha* consigue un resultado modesto, 1,3 por 100. En las legislativas de 1981 la extrema derecha no atrae más que el 0,4 por 100 de los votos. Importante reseñar que la llegada de la izquierda al poder no desencadena inmediatamente ningún avance de la extrema derecha en el cuerpo electoral. En las municipales de marzo de 1983 la extrema derecha recoge un 0,1 por 100. Estos mediocres resultados no deben ocultar algunos buenos resultados en Marsella y en el sector 20 de París.

Septiembre de 1983: el hito en *Dreux* —un terreno trabajado por los esposos *Stirbois*—. La lista del FN obtiene 16,7 por 100 de los votos. La lista *RPR-UDF* opta por fusionarse con la lista del FN para batir a la lista de izquierdas. Habrá sido la rampa de lanzamiento. En las elecciones europeas de 1984 alcanza un 11,2 por 100 y más de dos millones de electores. Ahora el electorado de extrema derecha tiene una estructura de implantación

geográfica diferente del *pujadismo* y de las tierras del voto «Argelia francesa» en 1984 aun guardando el bastión de la costa mediterránea, la extrema derecha se implanta en la Francia urbana del SE, del E y del N. El voto de extrema derecha no traduce los esquemas de una Francia pasada, sino la insatisfacción de una Francia urbana y moderna tocada por la crisis. La geografía de implantación cubre a la vez tierras de derecha (E y Alpes del N) y tierras de izquierdas (Languedoc, Provence). La lógica de implantación es más social que política. Va a haber poca relación entre la evolución de la derecha clásica de 1981-84 y el nivel del Frente en 1984. Tampoco entre la evolución de la izquierda y el nivel del FN. Sí que hay fuertes conexiones entre ciertas características sociales (urbanización y tasa de población inmigrada) e implantación del voto FN. Las zonas de fuerza del FN pertenecen a la Francia de las grandes metrópolis urbanas y con importantes concentraciones de población inmigrada. El terreno de elección del FN es el de las grandes aglomeraciones cosmopolitas: Roubaix-Tourcoing, París y la región parisina, Nancy-Metz, Lyon-Saint Etienne, Montpellier, Marsella, Niza.

En las elecciones cantonales de marzo de 1985 obtiene el 8,8 por 100 de los sufragios emitidos. En estas elecciones cantonales el FN muestra que hay que contar con él, pues su poder permite impedir o favorecer la elección de los candidatos de la derecha tradicional más que permitir la elección de los

suyos propios. En vísperas de las elecciones de 1986 se puede constatar que la extrema derecha registra desde hace dos años buenos resultados, pero únicamente en elecciones intermedias sin importancia nacional decisiva. A pesar de que se produce un voto útil a favor de la derecha, y Le Pen pierde un tercio de sus electores que se unen a la derecha clásica, el FN atrae el 9,6 por 100 de los votos emitidos y entra en 21 de los 22 consejos regionales, con más de 130 consejeros regionales, y asegura la victoria de la derecha clásica en la presidencia regional de seis regiones. Aun siendo la elección presidencial poco propicia para la expresión electoral de candidatos extremistas, el 24 de abril de 1988 con 4.367.269 votos —un 14,4 por 100 de los sufragios emitidos— Le Pen establecerá el récord histórico de implantación electoral de la extrema derecha.

El FN sacaría su sustancia electoral de todas las corrientes políticas. Contrariamente al *pujadismo* de 1956, encerrado en su bastión de pequeños trabajadores independientes, o del *tiexerismo* de 1965 reflejado en un electorado de *pieds noirs* y de algunos nostálgicos de la Francia colonial, el lepenismo de 1988 hunde sus raíces en todos los medios sociales, realizando la síntesis entre el pujadismo de antaño y la protesta obrera. La inmigración, la inseguridad, la nómia, el desarraigo y la degradación de las formas de vida —inquietudes urbanas— explican el alto nivel alcanzado en algunos departamentos. En aquellos donde las capas medias son todavía

numerosas la temática antifiscal y antiestatal del FN ha seducido a un electorado pujadista. La recuperación de una herencia nacionalista se ha dado más fácilmente conforme el movimiento gaullista ha evolucionado al liberalismo y al europeísmo. En las legislativas del 5 de junio de 1988 reúne 9,8 por 100 de los votos; este reflujo se ha debido a una oferta política de apuesta muy partidista, a la fuerza de la lógica de los notables en el marco de un escrutinio mayoritario a dos vueltas y a la estrategia de candidatura única adoptada por la URC. Una parte del electorado de Le Pen protestario en las pasadas elecciones, venido de la abstención, le retira el voto. El rencor frente a la clase política tomará dos formas: el voto Le Pen en las presidenciales y la abstención en las legislativas. Contrariamente a las legislativas de 1986 donde había atraído a notables de la derecha tradicional, en 1988 sería sorprendido por la precipitación de la convocatoria general, elaborando rápidamente una lista de candidatos muy militantes. A finales del año 88 numerosas variables van a favorecer la erosión del FN: la sucesión de elecciones de escrutinio mayoritario, la nueva actitud de firmeza del RPR-UDF que intentan aislar al FN, la debilidad y las divisiones internas del aparato del FN (siéndole difícil presentar candidatos teniendo una cierta notabilidad) y, finalmente la crispación del partido sobre temas y actitudes de polémicas internas/eternas en la extrema derecha. Sin embargo, la lógica social, la crisis

económica y su cortejo de efectos sociales que subyace en la implantación electoral del FN, junto con la crisis de representación política que evidencia la incapacidad de integración de los electores por los grandes partidos, van a permitir —según *Perrineau*— que el fenómeno FN, pueda mantener su vigencia. Dreux y Marsella han demostrado el acierto de su análisis.

Un nuevo actor político (P. Ignazi)

A mitad de los años ochenta la estabilidad del sistema político francés es cuestionada por la aparición sorprendente del FN. El Frente no es un nuevo partido, sus débiles resultados electorales y una presencia política insignificante le han relegado durante mucho tiempo a los grupúsculos de extrema derecha. El FN se presentaría en las elecciones de 1972 con el ambicioso propósito de «detener el proceso de decadencia intelectual, moral y física» en el que ha entrado Francia. Para llevar adelante este proyecto el partido cuenta con una organización bastante esquelética concentrada en París y en el SE. Hasta 1982 no supera el 1 por 100. Un ciclo electoral positivo comenzó con las municipales de 1983. Es la primera vez que el FN es acreditado como interlocutor al mismo nivel que los demás partidos. Juega ahora un papel positivo en la constitución de una mayoría. El eco del resultado muy favorable de Dreux amplificado por el éxito en las elecciones municipales de Aulnay y en la elec-

ción legislativa parcial de la segunda circunscripción de Mobihan (tierra natal de Le Pen) le permitirían al FN tener un puesto en todos los *media*. La invitación a la emisión televisiva *La heure de vérité* en febrero de 1984 le consagra como hombre político. Su imagen saldría muy reforzada (una buena ocasión para patentizar el papel determinante/distorsionador de los *media*, en el proceso político, fundamentalmente con relación a las opciones minoritarias).

¿Cuáles son los factores del éxito de Le Pen para que en el espacio de dos años 1983-85 se haya implantado en el sistema político francés? Para responder a esta cuestión hay que interrogarse sobre una serie de hipótesis relativas al contexto electoral:

1. Modo de escrutinio: la introducción del modo de escrutinio proporcional. Este sistema les ofrece a los partidos pequeños y extremistas una oportunidad de representación muy elevada, al anular la lógica de las alianzas inherentes al sistema mayoritario, y eliminando el voto útil. El FN se habría beneficiado de la proporcionalidad de las elecciones europeas de 1984 y de las legislativas de 1986.

2. Tipo de elección: la importancia de una elección varía en función del nivel del escrutinio y de la importancia de las cuestiones claves que dominan el debate electoral. Un nuevo partido relegado a una extremidad del campo político no tiene ninguna posibilidad de éxito cuando lo que está en juego co-

responde a opciones vitales que comprometen a toda la comunidad nacional. En otras palabras, si lo que está en juego es la presidencia de la República, las posiciones extremistas suelen tender a ser rechazadas por los electores. Si por otra parte la elección no es crucial el elector puede distribuir sus votos sobre listas marginales; es el caso de las elecciones de baja competitividad como las europeas o las elecciones locales. En función de ello se puede decir que el FN se habría beneficiado de elecciones sin importancia decisiva, ya se trate de elecciones parciales en Dreux Aulnay y Morbihan en 1983, como las europeas de 1984.

3. La polarización: Frente a la solidez de las divisiones en torno a las que se estructura el sistema político francés ha habido una polarización y una radicalización del enfrentamiento político favorables a la entrada del FN en el sistema de partidos. Ha habido también una modificación de las prioridades y de las preocupaciones del electorado, que no ha sabido expresarse en los partidos tradicionales. Ha habido un desarrollo de una crisis de confianza frente al sistema político francés, capaz de generar actitudes de protesta. En los años 80 la evolución hacia la derecha del electorado ha pasado de un 31 por 100 a un 37 por 100. En Francia asistimos a una radicalización en la amalgama de posiciones de derecha, es así que el FN se ha podido acreditar como el representante genuino de una *derecha radical* diferenciada.

4. Los nuevos temas: la irrupción en el campo político de temas inéditos favorece el acceso al sistema de un partido que es portador de nuevas demandas. Unas de las razones que explican el avance del FN se remonta a la existencia subterránea de una serie de problemas y actitudes que no habían encontrado expresión política adecuada. Estos son representados en monopolio por el FN. Este ha sabido interpretar y politizar temas prioritarios para una cierta parte del electorado, no tratados por los demás partidos.

5. La crisis de representación: Una de las razones del éxito del FN reside en la creciente dificultad del sistema de partidos para expresar y articular las demandas de la sociedad. Al mismo tiempo asistimos a un proceso de desmovilización del electorado acompañado de una falta de confianza en la política, las instituciones, los partidos, los líderes políticos... El sistema político francés se ve de nuevo contestado. Los años decisivos para el avance del FN (1983-85) han sido extremadamente favorables a la aparición en el sistema de un partido nuevo aportador de un nuevo estilo, de una temática y de un lenguaje explosivos, en relación a los partidos tradicionales y al Sistema en general.

6. Otros factores habrían sido el papel de los medios de comunicación y la existencia de una organización bien estructurada con un jefe conocido, estimado y capaz de explotar eficazmente el sistema de

comunicación de masas. Más que la estructura organizativa del partido el recurso mayor ha sido su líder, que se beneficia de un pasado político y de una experiencia considerables (presidente de la federación de estudiantes nacionalistas en los años 50 y diputado con Poujade). Y, sobre todo, dotado de un talento de tribuno popular, sabiendo alternar sabiamente los acentos de desprecio y los de mártir perseguido por los «amos de la política», que no soportan una voz diferente; es decir, la de todos los que son excluidos en nombre de los que pretende hablar.

Unidad y diversidad de los dirigentes frontistas (G. Birenbaum)

Hasta 1984 el FN se organizó en torno a una junta política omnipotente, estatutariamente elegida por los miembros del Comité Central; elegidos a su vez por un congreso que reagrupa a los afiliados y delegados del partido. Esta junta, gobernada por *Le Pen* y administrada por el fallecido *Stirbois*, ejerce la dirección del partido. El FN se apoyaría en una instancia dirigente única ocupada por un equipo de fieles/fundadores, ya que la casi totalidad de los miembros de la junta política son miembros fundadores o muy antiguos del FN. El proceso de modificación de las élites se va a acelerar de 1985 al 86 en todos los escalones del partido. Nuevas reglas de funcionamiento se instauran, basadas sobre una diferenciación de las funciones del partido y electivas, que tenderían a

asegurar la representación del FN por un nuevo tipo de sectores más especializados, más competentes y más *presentables*. El verdadero giro se va a efectuar después del éxito de las cantonales. La estrategia de aperturismo del partido como un *Rassemblement National*, es decir, la «locomotora de una reunión de diversas derechas heteróclitas, de socioprofesionales y de independientes». Encontramos ahora en el grupo parlamentario del FN la sanción de esta renovación del personal. Los nuevos diputados poseen recursos utilizables por la organización. Son notables, altos funcionarios, abogados, médicos, universitarios, de los que algunos tienen ya experiencia política.

Sus atributos les alejan de la imagen tradicional del personal de extrema derecha. Van a demostrar en la Asamblea el carácter de respetabilidad, de seriedad y de competencia *tecnoburguesas*, tanto en sus propuestas como en sus personas. Por el contrario, podemos constatar la sobrerrepresentación en el seno de la Junta política de antiguos frontistas, y una casi ausencia de élites/escaparate de las promociones 1985-86; ellos representan al FN en la Asamblea Nacional y sobre la escena política, pero no asumirán aparentemente la dirección inerna efectiva del partido. Una clara diferenciación de *roles políticos*.

Sociología de las élites del FN (C. Ysmal)

Hacia finales de 1978 el FN aparecerá como una formación

esencialmente masculina y extremadamente joven: 17 por 100 de los delegados tienen menos de 25 años; 35 por 100 entre 25-34 años. De hecho la generación del FN puede ser calificada de post-68. La juventud de los afiliados explica la presencia importante de los estudiantes. Todos los delegados de menos de treinta años frecuentan la universidad: 80 por 100 son de Derecho, 10 por 100 de Medicina. Hay una ligera sobrerrepresentación de comerciantes y artesanos: 8 por 100 en el partido, 5 por 100 en la población. Hay también sobrerrepresentación clara de miembros de profesiones liberales, 8 por 100, y 26 por 100 de cuadros superiores de empresa dentro de las profesiones. Estos cuadros pertenecen en su totalidad al sector privado. Paralelamente coexiste una fracción más popular, 11 por 100 de empleados y 7 por 100 de obreros. A finales de los años setenta el Partido presentaría una estructura social relativamente diversificada. Es una formación política más popular que los homólogos conservadores. Un último rasgo original del FN que lo distingue de los demás partidos conservadores viene de la débil inserción de sus militantes en el universo del catolicismo. La masa de delegados se reclama del catolicismo pero sin practicarlo; un cuarto de los delegados en 1978 se declaran sin religión.

Respecto de las élites, para 1986 la originalidad del Partido radica en la juventud de éstas: 41 por 100 de los diputados con menos de 45 años. La distribución por profesio-

nes muestra la sobrerrepresentación de empleados y obreros en el seno de la élite del Partido. Por el contrario se afirma el polo de los trabajadores independientes: 67 por 100 entre los diputados. Los cuadros superiores están ciertamente superrepresentados en relación a su peso en la población francesa, pero menos que en la mayor parte de las formaciones políticas. Observamos la débil posición ocupada por los enseñantes (3 sobre 31 diputados); confirmamos también que los cuadros superiores trabajan en el sector privado, es el caso del 80 por 100 de los diputados.

Los mecanismos de adhesión política
(B. Orfali)

Los estudios recientes sobre los fenómenos de influencia subrayan que el proceso de adhesión se articula fundamentalmente sobre la noción de conversión, y que conforme el grupo se muestra más como una minoría convencida, tiene mayores posibilidades de atraer a nuevos miembros. La entrevista a afiliados del FN ha puesto de relieve el proceso psicosociológico subyacente en el fenómeno de adhesión al FN. Los entrevistados evocan razones personales: el tipo de educación, la influencia de la familia, el amor a la patria, la preocupación de nuevo orden en relación con la decadencia *grosso modo*...

La conversión al FN servirá, en muchos de los casos, para reforzar la cohesión minoritaria, ayudando al individuo a situarse en el grupo

y en relación al mundo exterior. Convirtiéndose en miembro del FN el individuo puede adquirir una dimensión social. En la medida que el FN es un grupo minoritario le permite al adherido distinguirse: las cualidades de anticonformismo y de originalidad le son reconocidas a todo inscrito. La estigmatización le da al grupo su fuerza y cohesión. Dado que el individuo se reconoce en su participación en las actividades del partido hay proyección de esperanzas individuales en el grupo y la concreción de éstas en el proyecto minoritario. La *hostilidad de la Sociedad* —en términos muy amplios— acerca a gentes venidas de horizontes diferentes en un mismo destino, los conforma en un mismo espacio limitado, de ahí un sentimiento de bienestar en los adheridos por la apropiación de un lugar que de público y político se convierte en privado. Mientras que la relación para el individuo con el mundo exterior se basa en una experiencia amenazadora, la relación con los demás miembros del grupo se basa en una participación común que anula las divergencias, produciendo una reducción de la angustia. Es el carácter minoritario del FN el que asegura un retorno a la esencia, a un *orden originario*...

Atenúa la decepción/frustración de las preocupaciones privadas y obliga al adherido a mezclarse en la arena política. Frente a la crisis, el FN desarrolla una lógica que parece sin fallas para sus adheridos, adopta un discurso consistente y suministra los medios para descodificar el universo, para actuar sobre la realidad.

La población, como consecuencia de diversas crisis políticas, toma conciencia de que el sistema en vigor no funciona adecuadamente, experimenta la necesidad de escuchar un discurso tranquilizador en nueva clave, de comprender las causas de problemas a los que se daban viejas soluciones que nunca encontraban horizonte. Y según *Orfali*, la creciente influencia de esta minoría no es posible, sino en la medida de que existen mayoritariamente deseos latentes de cambio. El FN se inspira en un sentimiento de insatisfacción en la sociedad para reactivar viejas querellas, para situarse como salvador y defender valores *neotradicionales*.

El círculo de simpatizantes
(J. Ranger)

La primera imagen de los simpatizantes del FN nos la propone su autoposicionamiento sobre el eje político izquierda-derecha. La división izquierda-derecha es aquí neta; son los únicos en reivindicar la posición más a la derecha. Y, por lo tanto, neoderecha, con rasgos muy acentuados de heterodoxia, como el que los simpatizantes del FN sean casi tan numerosos como los simpatizantes socialistas a decirse no creyentes o sin religión, y no mucho más afectos a la práctica religiosa regular. La desconfianza hacia la Iglesia católica se integra en una actitud bastante general de rechazo de las instituciones y de los poderes en la sociedad actual. La actitud de los simpatizantes traduce una incli-

nación a la contestación radical. Un profundo sentimiento de exclusión puede explicar el vigor de la reacción hacia los *media* y los gobernantes. Los simpatizantes contestan al conjunto del cuerpo social y desean un profundo cambio de la sociedad. No es extraño encontrar entre éstos una proporción relativamente elevada de personas que se declaran fuertemente interesadas por la política, junto a un gran conjunto de indiferentes confesos. Es el perfil habitual de las tendencias extremistas y el reflejo de los orígenes diversos del público frontista.

La metafísica de Jean-Marie Le Pen
(P. A. Taguieff)

El corpus de los textos metafísicos de la ortodoxia frontista se reduce en lo esencial a las producciones orales y escritos de Le Pen. El cuerpo de textos prescriptivos suele ser coproducido por el líder y un cierto número de *enunciadores ortodoxos*, la conformidad de estos últimos es garantizada por una intervención legitimadora de la instancia lepeniana. Dueño de la verdad, guardián y juez supremo de la ortodoxia, guía infalible para la acción, visionario de los tiempos futuros, profeta; el presidente del FN acumula estas funciones y estos papeles en el espacio de recepción positiva de su mensaje.

El nacionalismo ideológico susceptible de una multiplicidad de interpretaciones doctrinales envuelve una «metafísica especial». Centrada sobre el problema antropológico,

de la naturaleza, de la desnaturalización, y del destino del hombre, definido en principio como un heredero cuya primera herencia es nacional, luego como un animal polémico cuya existencia es combate. Si la filosofía oficial del nacional-populismo pone en primer plano los valores vitales lo hace según dos tradiciones distintas. Una se ordenaría en torno a los valores orgánicos de unidad, jerarquía, solidaridad, armonía, visión comunitaria. Otra deriva de esta nebulosa político-científica denominada darwinismo social, donde coexisten convulsivamente el individualismo competitivo, las tesis de la raza y de la selección, las concepciones polemológicas de la existencia humana. La argumentación lepenista se apoya sobre las estructuras de la realidad expresamente invocadas cuando se trata de dar una legitimidad al valor de desigualdad, es decir de transformarlo en valor positivo inserto en la naturaleza humana, y como norma de la acción política. De aquí la oposición muy marcada entre el discurso verdadero adecuado a la realidad, discurso autoatribuido y el discurso demagógico inadecuado a la realidad.

El adversario ideológico está caracterizado por el igualitarismo definido como ideología de la nivelación. Ahora bien, si la desigualdad es una propiedad fundamental de la realidad, la exigencia de la igualdad depende de la ilusión o de la utopía engañosa, pero esta ficción instrumental está fundada sobre un error fácilmente refutable si retornamos a la realidad. Por otra parte, si la

desigualdad está inscrita en la realidad humana, la voluntad de realizar la igualdad no puede hacerse más que en detrimento de los mejores, de suerte que la exigencia de igualdad es la máscara de la voluntad de nivelación por lo bajo, voluntad que puede reducirse a dos pasiones negativas: envidia y resentimiento. Todo ello en función de que la desigualdad deberá estar en función de los valores anteriormente aludidos: trabajo, respeto, prestigio, honorabilidad...

En el discurso de Le Pen hay una *reformulación estratégica* y eufemización del tema racial a través de una sustitución del léxico: hablar de pueblos, de culturas, de tradiciones, de mentalidades más que de razas, difundir los motivos de una retraducción culturalista o historicista del racismo evitando toda enunciación zoologista. Desplazándose de la aserción de desigualdad interétnica hacia la afirmación del principio de la preferencia nacional. Celebración de las diferencias intergrupales absolutizándolas en nombre del respeto de las identidades nacionales. Se engendra así un modo de legitimación de exclusión radical de los extranjeros inasimilables, se promueve su retorno a sus países para el bien común de los expulsados. El mestizaje es rechazado como degradante y envilecedor, pues destruye el orden natural; las diferencias raciales forman parte del orden de la vida que hay que respetar. La indiferencia es identificada a la nivelación por abajo, todo cruzamiento es una pérdida de nivel o de cualidad biocultural. Hay que recu-

sar el antirracismo en tanto que teoría y práctica de la mezcla niveladora, del mestizaje empobrecedor, inevitable efecto del cosmopolitismo que transgrede las leyes sagradas de la creación por su falta de respeto ante la realidad... La reformulación diferencialista permite traducir la prescripción de exclusión en celebración del derecho a la diferencia: «Nosotros tenemos no solamente el derecho, sino el deber de defender nuestra personalidad nacional y también nuestro derecho a la diferencia...»

La moral lepenista es una moral naturalista, sus valores y sus normas derivarían de las estructuras de la naturaleza humana postulada eternamente, idéntica a sí misma. No seguir a la naturaleza es rechazar las normas naturales, es caer en la enfermedad, es hacer la elección de la descomposición y de la muerte. «¿Cómo remontar la pendiente del declive?». La respuesta de Le Pen será tajante: la decadencia no es fatal a condición de respetar un cierto número de leyes y de reglas a las que obedece la interacción del hombre con la naturaleza. Esta interacción se presenta a través de cuatro sistemas de metáforas: 1. Metáforas relativas al sexo: feminización ambigua de la naturaleza, materia prima que se trata de trabajar, de cultivar, de elaborar, de fecundar; de otra parte, hipervirilización del hombre que encarna los valores activos del esfuerzo, del trabajo, de la cultura, de la modelación. 2. Metáforas meritocráticas: contra el igualitarismo que no distingue entre aquellos que tienen

mérito y aquéllos que no lo tienen, entre los productores y los parásitos. Los valores individuales meritocráticos son eminentemente trasponibles a las entidades colectivas: respeto de los valores tradicionales, sentido de la disciplina, esfuerzo, responsabilidad, rechazo de lo fácil.

3. Metáforas guerreras: Hay una lucha entre el hombre viril, la naturaleza y la victoria; no se consigue más que por el sacrificio, por la firmeza que reacciona ante las amenazas, por el rechazo de la molición, por las selecciones requeridas para elevar la calidad de los combatientes. Los valores superiores son valores heroicos. La noción es la comunidad popular en lucha contra el enemigo, concepción guerrera de la nación cuya supervivencia supone que los fuertes sean privilegiados, pues vivir es vencer. 4. Metáforas darwinistas sociales: la concepción polemológica de la existencia se traduce no sólo por el elogio del hombre de pie en el combate, sino también por la exaltación del individuo responsable no asistido por el Estado, en buena salud, capaz de resistir por sí mismo en la lucha por la existencia. Uno de los principales componentes de la decadencia es la proliferación de los «incapaces» y, sobre todo, la consideración social de la que se benefician en detrimento del elemento sano de la población. Le Pen denuncia así uno de los efectos de la *inversión de valores* que engendraría el declive de las naciones occidentales.

Para no ser «barrido por los bárbaros» un pueblo debe preocuparse de su fuerza, mantenerla y acrecen-

tarla. El *nuevo pensamiento* se define por la conciencia de deber ser fuerte; ser fuerte es aquí inseparable de ser mejor, un esfuerzo de calidad y de elevación. El progreso humano está hecho de luchas y selecciones, pero una sociedad de débiles y de irresponsables asistidos no podrá sobrevivir. De aquí la visión de la catástrofe final y fatal atribuida, como en el imperio romano, a la *delincuencia endógena*, en base a la desaparición de las virtudes militares y cívicas, a la inmigración masiva y al cultivo de los valores hedonistas. Frente a la izquierda aceleradora de la decadencia, la neoderecha será la fuerza de la *reacción*, prueba de vitalidad, afirmación de una salud triunfante.

¿Un programa revolucionario?
(P. A. Taguieff)

Desacreditar la persona de Le Pen y desacreditar al FN recurriendo a la demonología propagandística, de tradición antifascista y a sus modelos de etiquetado fijos; es así que la crítica periodística no se habría aventurado más allá de estos dos géneros de discurso polémico, oscilando indefinidamente entre la acusación y la denuncia, la sospecha y la deslegitimación por medio de revelaciones escandalosas. Por otra parte los análisis no se han ocupado de los contenidos ideológicos del discurso frentista, ocupados en identificar el fenómeno de Le Pen, bien por reconocimiento de una filiación (esquema de «la vuelta del», del «resurgimiento», «supervi-

vencia»...), bien por objetivar el fenómeno sociopolítico según diversos modos de análisis cuantitativos. La conjunción de la denuncia demonizadora hacia la búsqueda de los orígenes y de la aproximación objetivista de los estudios electorales, habría tenido por efecto distraer la atención de los observadores de la dimensión ideológica tal como se presenta en los textos ortodoxos del FN.

El primer desconocimiento ideológico del FN tiene que ver con su ideología sometida a una política de análisis sistemático: se supone casi inexistente, grado cero del pensamiento político, «bien conocida», como para requerir ser analizada, estrictamente decorativa o puramente instrumental. Por el contrario, parece que la oferta ideológica constituyó un factor importante de emergencia del FN en el sistema político, y debe ser estudiada tanto en su forma estilística como en sus contenidos temáticos y programáticos. De entrada, en este planteamiento ideológico, el FN asume todo el pasado de Francia. Pero teniendo en cuenta que la República ocupa un espacio pequeño en el edificio de la herencia francesa: dos siglos de República frente a cuatro mil años de cultura europea, veinte siglos de cristianismo y 40 reyes. 1789 y la República, sus ideales y el tipo de régimen no son asumidos más que en la medida que forman parte de un todo. La alegoría del 14 de julio debe ser sometida a una descodificación nacionalista, el acontecimiento debe ser releído a la luz de los valores de la preferen-

cia nacional: no es tanto la abolición del Antiguo Régimen que debe ser saludado y asumido, cuanto el surgimiento del *despertar colectivo*. Tal es la manera selectiva a la que se acompaña una puesta en guardia política; el FN, brega en el centro de su discurso para que la conmemoración de los acontecimientos revolucionarios pasados, no sirva para camuflar el *inmovilismo* del presente.

A fin de introducir la idea del imperativo de una verdadera revolución francesa, el presidente del Frente aborda tres puntos de la herencia revolucionaria, de la que denuncia de los enemigos exteriores; muy bien denunciar los de hace dos siglos a condición de no olvidar los peligros que pesan hoy en día sobre la ciudadanía y la nación francesas. El enemigo del pueblo es siempre bifacial, a la vez exterior e interior; la inmigración no europea es considerada como un ejército extranjero en el interior. En segundo lugar la abolición de los privilegios: condenar los privilegios de hace dos siglos, muy bien, pero combatamos también las *feudalidades burocráticas* y sindicales del siglo XX, sin olvidar la arbitrariedad fiscal. En tercer lugar, la soberanía del pueblo: es por la asunción radical del tema *russoniano/revolucionario*, de la soberanía popular que el FN propone su celebración de la democracia directa. El modelo suizo ilustrando el uso populista del referéndum es perfectamente congruente con las formas mentales de la tradición antiparlamentaria y bonapartista: desconfianza frente a las institu-

ciones representativas y mediadoras, imaginario del contacto directo, y del acuerdo sin intermediarios entre el pueblo y el líder. Aceptar y saludar el acontecimiento de la soberanía del pueblo, pero dejando que ésta se exprese en lugar de someterla, como es el caso hoy en día con los prejuicios de la *casta tecnocrática* y de los *media*. Le Pen vindica una *verdadera revolución francesa* que devuelva la palabra al pueblo.

Decidido a romper radicalmente con el socialismo, el FN trata de relanzar la economía y para ello remotivar a los que crean riqueza. El jefe de empresa debe ser de nuevo motivado, las élites de la libertad emprendedora representan la garantía de la prosperidad del pueblo. La revolución verdaderamente francesa implicar hacer a los ciudadanos simultáneamente libres y responsables. Pero la responsabilidad no encuentra la posibilidad de desarrollarse más que por la propiedad. Responsabilidad contra irresponsabilidad, respeto del suelo contra devastación, mantenimiento de los bienes contra pillaje y ruina, trabajo contra robo, arraigo frente a desarraigo, lealtad frente a astucia. El tipo idealista del propietario tiene dos caras: el cultivador y el comerciante. Dos figuras del heredero frente al individuo sin raíces. La propiedad permite decisiones; el tipo de propietario se opone al funcionario. Por una parte, un aparato de Estado, pesado, lento, inhumano a veces; por otra parte, una rapidez y flexibilidad en la acción que hace eficaces a las empresas privadas. La

propiedad privada aparece como el fundamento de las libertades concretas y la condición del sentimiento de seguridad. Las libertades desaparecen con la desaparición de la libertad de poseer los medios de producción y de distribución. Pues la propiedad procura medios de expresión que permiten el ejercicio de la libertad de expresión. Pero cuidado, detrás de todo este discurso privatizador, subyace una impronta *pseudoautogestionaria*: la propiedad privada e individual para serlo debe estar totalmente generalizada. La actitud del FN comporta la exigencia de llevar a cabo la generalización de la propiedad privada. Subsiguientemente a esto, entrará el tema de la seguridad de los bienes y las personas, para garantizar los mencionados regímenes *iusprivatistas*; pues la primera de las libertades deberá ser el derecho a la seguridad, y el primer deber de un Estado que se respeta es asegurar la seguridad pública de los ciudadanos.

La denuncia de la decadencia polimorfa de las sociedades occidentales encierra una crítica del liberalismo que interpreta todo movimiento de liberación como un proceso de relajamiento y de abandono, como un índice dimisionario. El FN tiene un doble discurso sobre el liberalismo: se hace el elogio del liberalismo económico (en el sentido populista anterior), continuando con el ataque al liberalismo político asimilado a las tendencias de descomposición social y al relajamiento de la autoridad, denunciado como filosofía de la

dimisión y de la debilidad. Este liberalismo laxista es reconducido a la hegemonía ideológica del individualismo disolvente, puesto que concibe al individuo con derechos sin imponerle deberes. Lo más sorprendente es que a tamaña afirmación presuntamente reaccionaria se le ha conseguido dar una lectura progresista, en el sentido de que habría que traspasar deberes, a aquellos individuos o colectivos en donde la descompensación entre derechos y deberes sea más alta.

Querer una verdadera revolución francesa es también querer que los franceses sean dueños de sí mismos. Para ello deben reapropiarse de la *nación francesa* en dos sentidos: asegurar, de una parte, la independencia nacional, y defender, de otra parte, la identidad de la nación francesa. La nación es la comunidad de lengua, de interés, de raza, de recuerdos, de cultura donde el hombre se desarrolla. Está ligado a ella por sus raíces, sus muertos, el pasado, la herencia... Este conjunto de pertenencias, de lazos memoriales, de finalidades históricas, representarían un tesoro que se trata de transmitir y hacer fructificar. Dicha identidad debe ser defendida contra la inmigración extraeuropea, pues tal inmigración pone en peligro la independencia política, militar y económica de Francia, manteniendo en su suelo un verdadero ejército, que amenaza la existencia profunda del pueblo francés, cultural y étnica. El flujo de familias de inmigrantes puede provocar la sumersión demográfica de Francia, condenada a ser minoritaria en su propio país.

El Frente tendería mediante una política natalista a invertir el curso de la fertilidad diferencial entre familias francesas e inmigradas. Puntos base de su programa serán: la revisión del estatuto de nacionalidad y la supresión del artículo 23, según el cual todo hijo de padres extranjeros, procedentes de las colonias nacido en Francia es automáticamente francés. En cuanto a la unión europea habrá que construirla no como una Europa federal supranacional, sino como una Europa confederal. En líneas generales, la puesta en marcha de una política de preferencia nacional en materia de empleo y de prestaciones sociales.

En el plano estrictamente político, la única condición que posibilitará la verdadera revolución francesa será la extensión de la democracia. El FN define la *verdadera democracia* por el hecho de que estaría al servicio de los ciudadanos y no de las oligarquías políticas, sindicales, burocráticas o *mediáticas*. Lo que equivale a reafirmar la autoridad del Estado Nacional. El Estado debe ser el árbitro superior del interés nacional. Debe velar por la unidad y la solidaridad nacionales y encontrar su independencia frente a todas las *oligarquías* financieras, religiosas, políticas y económicas que sacrifican el interés del interés general del pueblo por los intereses parciales de clase, de casta o de clan. En la perspectiva de un reforzamiento de la autoridad del Estado, el FN exige la revisión de la Constitución en el sentido de un régimen ultrapresidencialista. La ex-

tensión de la democracia implica la restauración del Estado Nacional contra las nuevas feudalidades que limitan su ejercicio, y el establecimiento de una comunicación directa entre el pueblo y sus dirigentes. La realización de estas dos exigencias supone la aparición de hombres políticos que interpretan la *voluntad profunda del pueblo*, le guían y «le dicen la verdad». Le Pen propone sustituir la democracia representativa por un muy particular y ambiguo proyecto de *democracia directa*. La sociedad de la comunicación rápida debería posibilitar la realización de la democracia directa, fundada sobre una inmediata expresión de los ciudadanos. Modelo a caballo de una *tipología orgánica* y el tipo suizo, que realiza una especie de consenso populista en el marco de una democracia pseudoorgánica. Un importante colectivo ciudadano con un casi desatado instinto de autoafirmación. A partir de ello una proposición política en torno al *referéndum*: desde el micro asambleísmo localista, hasta su introducción como método general y continuado de consulta. De ahí las propuestas sobre el referéndum de iniciativa popular a partir de un millón de firmas, y el referéndum de veto que permitiría a la nación oponerse a leyes aprobadas por el Parlamento.

Los terrenos (N. Mayer, F. Platone, P. Perrineau)

Esta última parte del libro se dedica a un intento de establecer

las diversas lógicas electorales de la formación. Una de las conclusiones más importantes es la de una ausencia del efecto directo en la presencia de extranjeros sobre el voto frentista; dándose indistintamente sus porcentajes en unas u otras localidades. Sin embargo, tal vez pudiera hablarse de cierta correlación a nivel de Departamentos, no así de localidades. Haciéndose evidente la total ausencia de relación en las comunidades donde habitan colonias de españoles o portugueses. En cuanto a la comunidad magrebí, no es ni una condición suficiente, ni condición necesaria del voto. Y en este sentido, de una mayor complejidad del voto puede ser ejemplo paradigmático el capítulo sobre *Les deux visages du vote Le Pen à Paris*, plasmación parisina de la complejidad en la implantación electoral de la extrema derecha con respecto a la cuestión inmigrante.

Aquí se hará evidente la preeminencia de los barrios obreros y de clase media baja en el voto frentista. No obstante los orígenes sociales y políticos son de lo más diverso, y el elector consigna su voto en base a planteamientos de «rechazo global del Sistema», particularizando en una «clase política corrupta e incapaz para dar nuevas soluciones»; siendo esta etiología mucho más ajustada que la sola causa de la presencia de comunidades extranjeras. Todo esto podría enlazar con el fuerte predicamento frentista en terrenos antaño bastiones comunistas. *Le FN en terre communiste* se dedica a constatar cómo éste consiguiera sus mejores resultados electora-

les en departamentos de tradicional fuerte abstencionismo, y de fuerza pseudohegemónica del PCF, como por ejemplo, el departamento de Seine-Saint Denis. No significando, como pudiera parecer desde alguna rígida óptica metodológica, que se estaba produciendo una polarización, sino más bien que el FN se estaría alimentando del porcentaje comunista. Siendo correlativa la emergencia en medios urbanos en crisis y la pérdida de influencia del PCF. Esto sería ampliamente constatable en el Norte, el Midi mediterráneo y el baluarte parisino. La cohabitación social/comunista, con su inmutable política de gestión coyuntural, habría acabado para exasperar a los votantes más radicalizados y menos ideologizados del PCF (*sic*).

La estricta sociología electoral concluye en la más absoluta dispersión del voto en cuanto a composición social, profesión y edad; difícilmente definible en alguna categoría. Localizable en zonas con una precaria infraestructura de servicios. Pero, sobre todo, en aquellas zonas donde sucesivas reconversiones las han desindustrializado parcialmente, y donde se ha producido una devastación ecológica del espacio merced a los residuos industriales, a brutales infraestructuras de carreteras, amén de la pobreza en equipamientos derivada de un proceso de cambio que depauperó un ámbito espacial concreto. Así los *scores de Saint Denis*, en las zonas más marginadas y siniestradas (Villepinte, Montfermeil, Aulnay...), son los más altos obtenidos por el

FN. En estas zonas es donde el voto no es reconducible, en absoluto, a la carga xenófoba y la inseguridad ciudadana, más bien pertenece al aumento de la protesta antisistema, y a una señal hostil dirigida al centro del sistema político.

La estrategia electoral del Frente se ha basado en la táctica de escalones, con la acometida primera en elecciones locales. Y ya sobre la base de unos feudos concretos que le proporcionarán resonancia general, acometer el asalto a unas elecciones europeas que, merced a su proporcionalidad, le podían reportar —como así fue— mayores posibilidades de éxitos tangibles que unas generales.

Conclusión (L'introuvable équation Le Pen)

El carisma de su líder, el aumento del desempleo, la importancia de la población inmigrada, la llegada de los socialistas al poder, la crisis de las organizaciones políticas tradicionales, el escrutinio de lista proporcional, cada uno de estos factores han jugado un papel, pero ninguno debe ser suficiente para explicar el fenómeno Le Pen. Estas condiciones están reunidas en otros países de Europa sin que la extrema derecha alcance el nivel registrado en Francia desde 1984.

Es la alternancia en un país dominado desde hace veintitrés años por la derecha la que servirá de detonador. A la radicalización de los electores de la oposición, exasperados por la alianza social/comu-

nista respondería el desencanto de los electores del 10 de mayo, decepcionados por la política de rigor llevada a cabo a partir de 1983, a los que se han unido los decepcionados por la cohabitación. Es la conjunción de los descontentos y el encadenamiento de elecciones favorables por su naturaleza o su modo de escrutinio, las que dan al fenómeno toda su amplitud. La especificidad del FN reside en las motivaciones de aquellos que los sostienen. Con excepción de un núcleo duro de talla restringida, partidista y extremista, la mayoría de ellos no se consideran de extrema derecha ni próximos al FN. El votante se pronuncia contra los demás partidos —aquellos que Le Pen llama la banda de los cuatro— y con respecto al desencanto y rechazo radical a un entorno que produce una asfixia sociovital amplia, en lo que se viene considerando *crisis de la modernidad*, y tal vez agotamiento de un modelo de representación política. Y dicho pronunciamiento se produce sin una clarificación esquemática, sin la comprensión de un bloque homogéneo de ideas.

Todo ello conforma un *voto de exclusión negativa*: contra una clase política que estiman corrompida, contra los gobiernos sucesivos y su impotencia para yugular la crisis, contra un sistema en el que se sienten excluidos. De esta forma el FN recuperaría por su cuenta la función tribunicia durante largo tiempo ejercitada por el PC; y si no cuenta entre sus filas más que con una porción débil de antiguos

comunistas, recluta en las mismas categorías sociales que éste: obreros, parados y marginados. Más que ninguna otra fuerza política el FN se alimentará del miedo y de las inquietudes producidas por el miedo urbano. El terreno de las ciudades cosmopolitas sobre el que el voto de extrema de derecha prospera segrega temores difusos de cara al inmigrado, la inseguridad y el desempleo. La ciudad francesa no conoce desde hace diez años un fuerte crecimiento y renovación. Los diversos grupos sociales y comunidades étnicas coexisten sin verdadera esperanza de movilidad. Una percepción inquietante de la crisis económica y un escepticismo profundo frente a sus soluciones políticas se arraigan en los espíritus. Es en este universo acabado y anémico en el que aparecen y se avivan las fricciones y los odios, de última proyección irracional.

A principios de los ochenta el FN con su mensaje de rechazo y exclusión es la única fuerza política en línea con los rencores destilados por la crisis de la sociedad urbana, y por la constatación de la impotencia de la política para responder a los desafíos de la crisis. A través de argumentos de un simplismo devastador (v. gr. paro=inmigración=inseguridad...) el FN ha cristalizado políticamente las inquietudes y las protestas de numerosos franceses que desorientados por más de diez años de crisis estarían a la búsqueda de chivos expiatorios: el Estado, los inmigrantes, los delincuentes, las minorías, la alta finanza... Esta cristalización ha sido

facilitada por la actitud de la derecha clásica en ciertas regiones en 1986 en donde legitimaría al FN como socio político (actitud que se ha roto frontalmente en Dreux y Marsella/89). El reclutamiento de funcionarios y la nacionalización han hecho menos eficaz al Estado. Las leyes de octubre de 1981, el fin de las jurisdicciones de excepción y la abolición de la pena de muerte, han cogido a contrapelo a una sociedad que conocía desde 1980 una fuerte tendencia hacia la autoridad. No le quedaba a Le Pen más que ofrecer una salida política a todas estas angustias. El análisis general del voto de extrema derecha como síntoma de una cierta anomia social y política lo encontramos en el plano local. La crisis profunda de los sistemas de integración sociopolíticos y de los sistemas de gestión urbana han abierto una brecha por la que se ha colado el FN.

El grupúsculo creado en 1972 se ha convertido en un partido político que reivindica actualmente *60.000 afiliados*. Bajo el impulso de su anterior secretario general se ha fortalecido en cuadros y militantes. A los activistas de la primera hora se han venido a añadir tráfugas respetables del RPR, del PR o del CNIP. Paralelamente a las federaciones se ha tejido una red paralela de clubs y de círculos en dirección de los jóvenes, de los pensionistas de los socioprofesionales... Y si por el momento ha perdido el grueso de la representación parlamentaria, en virtud de la manipulación del sistema electoral, le quedan más de 130 consejeros regionales y 9 dipu-

tados en el Parlamento Europeo. La audiencia electoral del FN es innegable: no se limita a Francia urbana e industrializada con fuerte densidad de inmigrantes. En la primera vuelta de la elección presidencial de 1988 obtiene más del 10 por 100 de los sufragios expresados en cuatro departamentos sobre cinco, y en todos más de 5 por 100, incluso en departamentos rurales; y si los pequeños patronos y los obreros se muestran más proclives a votarlo, en ninguna categoría socioprofesional, excepto en los enseñantes, recoge menos del 10 por 100 de los sufragios emitidos. Pero este electorado muestra una excepcional inestabilidad y la dimensión protestaria de su voto le hace imprevisible.

En estos electores se ha puesto de manifiesto la crisis de las viejas organizaciones y culturas políticas de izquierdas y de derechas. En la derecha la seducción social en base a una cultura católica de orden y armonía social hace agua bajo los embates de una anomia y descristianización acelerada. *La cultura gaulliste* olvida sus tendencias estatistas, plebeyas y nacionalistas para integrarse de forma suicida en el neoliberalismo. En la izquierda la cultura política de igualdad y de solidaridad social largo tiempo asumida por el PC y el movimiento sindical, se topa con fuertes insuficiencias y contradicciones desmoronándose con estrépito. Nuevas capas sociales sin orientaciones políticas y sociales definidas pueden estar prontas a ser seducidas por las sirenas del populismo.

Francisco J. PALACIOS ROMEO

Genealogía de una utopía

KARL POLANYI

La gran transformación

(Madrid, Ediciones La Piqueta, 1989)

Hay libros que por un extraño infortunio han sido prácticamente desconocidos, cayendo en un olvido al que la historia no hace justicia y que me gustaría pensar accidental. Los sofismas que tales obras desmascaran son ignorados cuando no censurados, pues sobre ellos se asientan los pilares de nuestra sociedad. La vulneración de esos principios podría poner en tela de juicio la propia legitimación del sistema y la forma con que fueron impuestos, al menos en su nivel histórico y comprensivo. En definitiva, de lo que aquí se trata es de los principios económicos sobre los que descansa el liberalismo económico, o mejor dicho, la economía de mercado.

La importancia de la obra de Karl Polanyi radica en desmontar ese «naturalismo» histórico como fuente de explicación, propio de la ideología liberal, para narrar con el mayor rigor histórico los orígenes pero también las consecuencias de esa «gran transformación» que tuvo lugar a finales del siglo XVIII y de la que nosotros somos sus más directos herederos y fieles albaceas. Se trata, pues, de dar cuenta de los antecedentes y génesis del sistema económico de mercado que llegó a convertirse en un «molino satánico» que aplastó y dislocó a miles de hombres transformándolos en ma-

sas atomizadas al separarlos de su medio social, haciendo de ellos unos desheredados.

Karl Polanyi (1886-1964) nació en Budapest en 1886, en el seno de una familia perteneciente a la fracción radical de la burguesía húngara que se oponía a la dominación política y económica de la aristocracia rural magiar. Estudió Derecho y Economía Política y pertenece a la generación de teóricos tan importantes como Von Hayek o Karl R. Popper.

Durante la primera guerra mundial combatió en el ejército austro-húngaro, afincándose posteriormente en Viena. De 1924 a 1933 fue miembro del consejo de redacción de la revista *Der Osterreichische Volkswirt*, en la que escribió artículos críticos de teoría económica y política. En 1933 huyó del fascismo y del antisemitismo, pues su origen era judío, para refugiarse en Londres. Allí adquirió la nacionalidad británica, pasando a ser contratado por la Universidad de Oxford y Londres como profesor de extensión universitaria.

Las principales tesis de *La gran transformación* son fruto de su trabajo durante el año académico 1939-40. Una beca le permitió permanecer en Estados Unidos desde 1941 hasta 1943, y no sería hasta un año más tarde cuando publique su obra

principal *The great transformation* (1941), dedicada a su esposa Ilona Duczynska, militante comunista que participó en la revolución húngara de 1919.

En 1947, como muchos otros intelectuales antifascistas, abandona Nueva York por la persecución del maccarthysmo. Como señalan Julia Varela y Fernando Alvarez Uría en la presentación del libro, «a pesar de que nunca fue marxista, ni socialdemócrata, a pesar de que nunca se adhirió a ningún partido, no dejó de manifestar en los momentos críticos su adhesión al socialismo y su simpatía por la Unión Soviética, que en los años veinte ensayaba aisladamente con grandes dificultades, nuevas soluciones económicas, teóricas y prácticas a los problemas sociales».

En 1947, Polanyi fue nombrado profesor de Historia Económica General de la Universidad de Columbia en Nueva York.

Aunque han pasado casi cincuenta años desde la publicación de *La gran transformación*, las tesis mantenidas por su autor siguen estando vigentes, más aún me atrevería a decir, que en el momento de su formulación.

Su acertada comprensión de los hechos da cuenta de los descarnados efectos que la *imposición* que ese utópico mercado autorregulado tuvo para la población. Aunque como tal mercado autorregulado fracasó, el sistema liberal en el que se fundó no sólo aún se mantiene, sino que es el único que ha multiplicado sus conquistas a nivel pla-

netario, incluidas las últimas de los países del Este.

El valor económico se ha convertido en el valor supremo de la ideología moderna y en ello radica el carácter excepcional de nuestra civilización. En palabras de Louis Dumont, que escribió el prefacio a la versión francesa de *La gran transformación*, «el liberalismo que ha dominado el siglo XX, es decir, esencialmente la doctrina del papel sacrosanto del mercado y sus concomitantes, reposa sobre una innovación sin precedentes: la separación radical de los aspectos económicos del tejido social y su construcción en un dominio autónomo».

También para Karl Polanyi, que defiende la posición *sustancialista* frente a la *formalista*, los hechos económicos se encuentran insertados o imbricados (*embeddedness*) en el todo social del que forman parte. Únicamente nosotros los *modernos* los hemos extraído de su lugar, al organizar la economía sobre la base del mercado separándola de otras instituciones.

La tesis de fondo de Polanyi es que la idea de un mercado autorregulado era puramente utópica. Una institución como ésta no podía existir de forma duradera sin aniquilar la sustancia humana y sin transformar el ecosistema en un desierto. Ante ello la sociedad adoptó medidas para protegerse, pero todas ellas comprometían la autorregulación misma. Por tanto, el liberalismo fue efecto de la acción del estado, mientras que lo que se llamó conspiración antiliberal o contramovimiento proteccio-

nista no fue más que la reacción natural y espontánea de una sociedad que vio peligrar sus vidas y su propia naturaleza. De ahí que sus críticas sean, ante todo morales, pero también políticas que denuncian un sistema en el que los hombres están subordinados a la economía y no la economía a los hombres.

Pero ante todo cabe preguntarse: ¿cómo se originó tal proceso? ¿Cuáles fueron las raíces que hicieron brotar ese mal?

El paso de los mercados aislados a una economía de mercado y de ésta a un mercado autorregulador no fue el resultado natural de un proceso de expansión, sino el efecto artificial de la administración de estimulantes desde el interior de la sociedad. Fue preciso convertir el trabajo, la tierra y el dinero en ficticios artículos de consumo. Tierra, trabajo y dinero pasaron a ser mercancías que fijadas por un precio podían ser adquiridas en el mercado, con lo cual el hombre se vio conminado a vender su fuerza de trabajo para no morir de hambre al precio de la explotación y la degradación.

Aunque la creación de este mercado se fue imponiendo poco a poco, no es menos cierto que encontró a su paso serias resistencias como las leyes de pobres que protegían a la sociedad de esa inminente dislocación. A medida que se iban imponiendo las nuevas leyes de la economía de mercado, éstas eran colocadas bajo la noble autoridad de la naturaleza, a lo que contribuyeron en gran medida la pléyade de

economistas, fabricantes de proyectos industriales y promotores de operaciones (Adam Smith, Malthus, Bentham) cuyo único fin era el lucro y acérrimos defensores del Laissez-faire. La «mano invisible» se había puesto en marcha.

La ficción de este mercado autorregulado no llegó hasta el final, ya que desde el principio coexistió con un contramovimiento que controlaba su expansión y que sirvió de freno a un movimiento que tenía suficiente fuerza para aniquilar por completo a la sociedad.

Los tres dogmas en que se fundó el liberalismo clásico fueron:

- la creación de un mercado de trabajo concurrente;
- la creación de moneda sometida a un mecanismo automático (patrón-oro autorregulado); y
- la libre circulación de mercancías entre países.

Para los partidarios de la economía liberal, la injerencia del Estado fue lo que imposibilitó que tal utopía no se llevase a cabo, con lo cual se originaron los verdaderos males a la sociedad, opinión compartida por todos los defensores del liberalismo y que forma parte del sofisma de la «conspiración antiliberal». Para Karl Polanyi el mito de la «conspiración antiliberal» obedece a la necesidad de buscar un chivo expiatorio, ya que ésta se produjo sin la intervención del Estado y fue únicamente la reacción de la sociedad que se veía llevada a su propia destrucción.

Cuando la civilización del siglo XIX se derrumbó, las consecuencias no deseadas fueron el ascenso del nacionalismo por todo el mundo. Los pilares de la antigua sociedad cayeron cuando se tambalearon las instituciones en que se apoyaban: equilibrio de potencias, patrón-oro internacional, mercado autorregulador y el propio estado liberal. De este derrumbe al ascenso de Hitler sólo había un paso. Para expresarlo con palabras del propio Polanyi: «se puede describir la solución fascista como el *impasse* en el que se había sumido el capitalismo liberal, para llevar a cabo una reforma de la economía de mercado, realizada al precio de la extirpación de todas las instituciones democráticas tanto en el terreno de las relaciones industriales como en el político».

Uno de los grandes logros de esta obra de ardua lectura pero indiscutible interés para la comprensión de los fenómenos políticos y económicos de la sociedad contemporánea reside en probar cómo los «orígenes del cataclismo que

conoció su cénit en la segunda guerra mundial, se encuentran en el proyecto utópico del liberalismo económico consistente en crear un sistema de mercado autorregulador».

Para acabar quería hacerlo tomando en préstamo palabras de Michel Foucault que, en cierta forma, resultan pertinentes para lo aquí tratado. En realidad hay dos especies de utopías —dice Foucault—: las utopías proletarias socialistas que gozan de la propiedad de no realizarse nunca y las utopías capitalistas que, desgraciadamente, tienden a realizarse con mucha frecuencia.

Después de la lectura de este admirable libro me asalta una duda que quizá no tenga respuesta en el esquema binario antes citado: ¿a qué clase de utopía pertenece la relatada en este libro y que vivieron los hombres de finales del siglo XVIII? En cualquier caso no llegó a realizarse por completo, afortunadamente.

Eduardo VINATEA